



BIBLIOTECA
ENCICLOPEDIA
POPULAR

Pedro María Anaya Ibarra

PRECURSORES
DE LA
REVOLUCION
MEXICANA

NUEVA EPOCA

227

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

1955



T-008

BIBLIOTECA ENCICLOPEDICA POPULAR

Pedro María Anaya Ibarra

PRECURSORES
DE LA
REVOLUCION MEXICANA

NUEVA EPOCA

227

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

México, D. F., 1955

PRELIMINAR

ESTE trabajo intenta presentar aquí bosquejos biográficos de algunos precursores distinguidos de la Revolución Mexicana.

Camilo Arriaga fué el iniciador de la reorganización del pueblo, del pueblo liberal que habiendo ganado la Independencia, la Reforma y la lucha contra la intervención, había sido burlado por el régimen de la Dictadura.

Ricardo Flores Magón fué el que dió contenido social a la Revolución Mexicana desde sus orígenes; además de haber sido quien dirigió, inspiró y organizó las primeras insurrecciones armadas que llenaron de pánico la vida de los "científicos" y su caudillo. Su personalidad, por añadidura, es interesantísima, por haber manejado a las masas de trabajadores que tan importante papel desempeñaron en el curso del movimiento y en sus principios. El suyo fué un papel semejante al de Baboeuf y al de Marat en el seno de la Revolución Francesa.

A Praxedis G. Guerrero lo incluimos también, por su brillante actuación en el campo del pensamiento. Aunque anarquista como Flores Magón, las doctrinas de ambos no pudieron en la práctica sino quedarse en lo que la realidad les señalaba, como

hombres prácticos que eran, políticamente hablando: el programa del Partido Liberal Mexicano lanzado por Flores Magón y su grupo desde San Louis Missouri, Estados Unidos, en 1906, programa que es precisamente el contenido de la Constitución Política promulgada el 5 de febrero de 1917, al triunfo de la Revolución Mexicana.

Los tres precursores tienen, además, el mérito de su desinterés. Todos murieron pobres y sin altos cargos. Todos fueron progresistas hasta el fin de sus días.

Otro de los rasgos comunes es que no son muy conocidos, a pesar de la magnitud de las tareas que realizaron. Una labor de fondo, tenaz, para horadar la roca de la Dictadura.

Los tres bosquejos son deficientes. Todavía falta mucho por investigar. Pueden, asimismo, tener injustas apreciaciones, involuntarias, que no menguan el respeto histórico hacia la grandeza de sus figuras. Por desgracia, sus hechos no han sido muy divulgados y es labor difícil encontrar todos los datos acerca de sus vidas. Como no fueron funcionarios públicos, ni caudillos con poder, sus noticias y sus obras no han sido divulgadas. Trabajaron y vivieron en la oscuridad, aunque con gran eficacia. Sin embargo, algún día tendrían que empezar a conocerse sus hechos y sus vidas, y algún día alguien, más capacitado para ello, con mayor acopio de información, podrá hacerlos conocer plenamente.

OBSCURIDADES

La sombra es sudario para la impostura, la vanidad y los olopeles; por eso hay tantos que la odian.

La sombra mata la inútil belleza de las piedras preciosas que cautivan las mentes primitivas.

En las sombras nacen las tempestades y las revoluciones que destruyen, pero también fecundan.

El carbón, piedra oscura que tizna las manos que la tocan, es fuerza, es luz, es movimiento cuando ruge en el fogón de la caldera.

La rebeldía del proletario oscuro es progreso, libertad y ciencia cuando vibra en sus puños y trepida en sus cerebros.

En el fondo de las tinieblas toman forma los seres y empiezan las palpitations de la vida.

En el vientre del surco la simiente germina.

La obscuridad de la nube es la fertilidad de los campos; la obscuridad del rebelde es la libertad de los pueblos.

PRAXEDIS G. GUERRERO.

RICARDO FLORES MAGON

PUEDE comenzarse el relato de su vida desde el mismo día que uno de sus hermanos escogió como el mejor para empezar. Aquel día de 1862 en que la ciudad de Puebla estaba envuelta en el humo de la pólvora, librando uno de tantos episodios esforzados para construir la nacionalidad. Los mexicanos combatían contra los franceses; los indios zacapoaxtlan, los nahoas, los mestizos y los criollos, todos haciendo un crisol para su sangre al pie de los cerros de Loreto y Guadalupe.

Teodoro Flores era un soldado del pueblo. Había surgido hasta los puestos de combate como lo habían hecho muchos otros, pertenecientes a las castas oprimidas, gracias al desencadenamiento de los elementos que se había iniciado en 1810. Desde entonces la sociedad mexicana era víctima de violentos sismos, por todas partes y en todo momento las capas de la población, los disímolos núcleos sociales pobladores buscaban su acomodamiento. Era entonces más verdad que nunca el hecho de que el estado natural del hombre es la revolución, el movimiento, el cambio. Teodoro Flores había nacido de aquel gran movimiento que fué la Reforma. La sombra de Juárez cubría a los combatientes nacionales.

Margarita Magón era una muchacha mestiza, que vivía en esa ciudad de Puebla azotada por la metralla.

Margarita Magón y Teodoro Flores se conocieron en Puebla, uno de esos días brumosos de pólvora. Cuando el soldado del pueblo marchó de la ciudad para continuar los combates, prometió regresar una vez terminada la lucha.

En 1867 triunfó el pueblo y la nacionalidad. La peregrinación del gobierno republicano había llegado a su fin. Las tropas mexicanas republicanas, compuestas por ciudadanos armados, recobraron el derecho a constituir, independientes, un país donde cada uno pudiera consagrarse al trabajo y a recoger y disfrutar sus beneficios dentro del encuadramiento ideal del liberalismo que se imponía en el siglo XIX como aspiración del hombre del pueblo.

Teodoro Flores había regresado por Margarita Magón. El era indio del Estado de Oaxaca. Allí vivía su tribu, cultivando el campo, las tierras que Juárez les había dado y por cuya defensa Teodoro, jefe de la tribu, había tomado las armas. Una vez terminada la lucha, el ciudadano abandonaba el fusil y regresaba a continuar su trabajo. Ese había sido un ideal republicano; así concebían los liberales revolucionarios las repúblicas.

Llegaron a Oaxaca, y en las tierras de su comunidad, Teodoro estableció su hogar.

* * *

Ricardo Flores Magón, hijo de Teodoro y Margarita, nació en San Antonio Eloxochitlán, Distrito de Teotitlán del Camino, Estado de Oaxaca, el 16 de septiembre de 1873. Un poco más tarde, llegaría a la Presidencia de la República Mexicana otro hombre nacido también un 15 de septiembre y oaxaqueño asimismo: Porfirio Díaz. A lo largo de los años ambos se enfrentarían y el primero derrocaría al segundo.

¿Podría decirse que había una relación de causalidad en el hecho de que ambos vieran la luz primera en las fechas en que el pueblo mexicano entero celebraba el aniversario del día en que había estallado su revolución? Un romántico, un

liberal de aquella época la hubiera establecido, como relacionaba el azar con los juegos de bolsa del régimen social que se elevaba en el mundo. Ricardo Flores Magón lo habría negado por las razones que veremos en el transcurso de su vida.

Lo que sí puede decirse es que existe una relación de causa a efecto entre el medio social en que se desenvuelven los primeros años de un individuo y su conducta futura, entre las primeras impresiones de la infancia, inclusive las que ocurren en el seno familiar, y su actuación en lo porvenir.

Tenemos que volver a documentarnos en los relatos que más tarde hizo su hermano, para conocer sus primeras impresiones.

* * *

Todavía niño, sus padres se trasladaron a la capital, donde su madre, mestiza despierta, con mayores horizontes dados por una más amplia visión social, quería dar a sus hijos mejor educación que la que podía ofrecer la comunidad indígena. Viajaron los pequeños Flores Magón hacia la ciudad de México en brazos de la madre y descansando en canastas, como viajan los indígenas mexicanos y sus pequeñuelos, habituados por una tradición de siglos en que los dominadores los condenaron a la penuria y la escasez. El padre procuraba abrirse paso en la gran ciudad, donde las puertas se han cerrado por centurias para los campesinos. La ciudad de México tenía aún, muy acentuado, ese espíritu que le presta su naturaleza de residencia habitada por los mandatarios de las clases dominantes, por las matrices de los grandes capitales extranjeros y las personas de sus bien pagados servidores.

Pero Teodoro Flores había sido soldado de Juárez y flotaba en el ambiente el hálito revolucionario; todavía estaba caliente la atmósfera por el contacto de la victoria, en cuya

conquista habían desempeñado papel decisivo, el más importante, las masas campesinas, los indígenas. La reacción porfirista estaba apenas en gestación; todavía no dominaban plenamente los grandes comerciantes franceses y españoles, ni la aristocracia de Casasús y de Pineda, de Castellot y Braniff. Además, Teodoro Flores era un hombre inteligente y valeroso. Pudo vivir decorosamente en la ciudad.

Sus hijos, Ricardo entre ellos, vivieron en una casa de vecindad. La poderosa voluntad materna animó las horas de lucha en esa ciudad de la cual no eran completamente dueños sus dueños mexicanos.

El hogar de los Flores Magón siguió teniendo fuerte sabor a hogar campesino. La nostalgia paterna lo acentuaba. En las noches, después de la cena hecha en familia, el padre relataba a sus hijos no sólo la vida del campo, sino la de una comunidad. Y pintaba con sus palabras la situación de los campesinos y los indios. Las ideas de justicia, de ley, de propiedad y muchas otras eran vertidas en la imaginación de los niños. Ricardo escuchaba seriamente. Fué uno de esos niños graves, inteligentes, que desde pequeños llevan escrita en su frente la fuerza del destino, según las concepciones poéticas de la realidad. Su mente infantil aprovechaba palabra por palabra las enseñanzas del padre. Embellecidas por la idealización que siempre lleva consigo una realidad lejana, los relatos cobraban una naturaleza maravillosa.

No sería la primera vez que la personalidad indígena y sus instituciones influyeran poderosamente en la vida social y política de México; aunque la inteligencia privilegiada de Ricardo y su formación intelectual, en este caso obraran para aumentar la eficacia de esos elementos manejados por un solo individuo.

La propiedad comunal de las aguas, los bosques y los pastos; el trabajo colectivo en la siembra y las cosechas; las tradiciones religiosas que entre los indígenas conservan un hábito de paganismo, que no pudiendo borrar aprovecharon los evangelizadores del país; la naturaleza de los bailes y las danzas, de las ceremonias y las fiestas; todo ello estaba impregnado de un aroma que recordaba la edad primitiva del hombre, no como la concibieron los liberales del Contrato Social, sino como tal vez la hubieran imaginado los lectores del *Discurso sobre las causas de la desigualdad entre los hombres*. Con el tiempo Flores Magón conocería a Rousseau y a los anarquistas, lo mismo que a los socialistas.

Eso podría causar un individualismo exacerbado, un anarquismo, o un colectivismo también radical. Naturalmente que todo estaba sujeto, de cualquier manera, a las determinantes que se hallan en el terreno del papel que cada quien desempeña en el proceso de la producción material de la existencia.

Ricardo Flores Magón vivió los años de su infancia escuchando las sabias pláticas paternas, concurriendo a la escuela bajo la vigilancia empeñosa de la madre y en relaciones diarias con las capas populares de los habitantes de la ciudad. Hacia más de medio siglo ese contacto había dado un Guillermo Prieto, que venía de la aristocracia y la masa común. ¿Qué darían ahora en ese niño cuyos orígenes estaban, socialmente, en la comunidad indígena y en la misma masa común?

La madre deseaba que sus hijos fuesen abogados, para defender los derechos del pueblo.

Ricardo, viviendo siempre por el rumbo en que Guillermo Prieto había deslizado su existencia popular, termina la educación primaria y luego la preparatoria. A los veinte años,

cuando ingresa a la Escuela de Jurisprudencia, de la que saldría tres años después, queda huérfano de padre.

* * *

Porfirio Díaz se había adueñado del poder en 1876. En su primer período, al terminarlo, dejó en su lugar a Manuel González, su compadre. Camilo Arriaga era entonces estudiante, y participó en los motines populares contra el níquel, cuando el porfirista manco quiso acabar con el poder adquisitivo del pueblo, inconscientemente, por hacer un negocio. Ricardo Flores Magón todavía era un niño.

Pero en 1892 era ya la tercera reelección de Díaz, y el joven estudiante Ricardo, que a los quince años había iniciado su vida política, se mueve en las primeras filas de los que combatían al Dictador.

En 1892 el suegro de Porfirio Díaz, Manuel Romero Rubio, da plenamente el espaldarazo a Rosendo Pineda, para que organice un partido reeleccionista que, en el fondo, es algo más que eso. Lo que ha ocurrido es que paulatinamente se han ido introduciendo en el poder aquellos que fueron derrotados por las tropas juaristas, en las que militara el padre de Ricardo. Romero Rubio es un abogado aristócrata, que se coló en la comitiva de Juárez. Los encantos refinados de su hija se adueñaron de Porfirio Díaz, y la joven, apenas cercana a los quince años, un poco mayor, es la esposa del general sexagenario. Del despacho de los dos abogados duchos en los negocios administrativos, cuya habilidad les sirve para vivir a la sombra de las compañías extranjeras, sale el final del golpe de Estado. Fundan el partido que celebra la Gran Convención Liberal, y emplean el disfraz del liberalismo y pretenden ser los herederos de Juárez y de Ocampo. En sus

filas ya figura prominentemente José Ives Limantour, hijo de grandes comerciantes franceses y futuro jefe del Partido Científico, que llegaría a ser el partido reeleccionista que se fundaría en 1892. También figuraba en él Francisco Bulnes, el ingeniero sofista que aconsejara al Dictador la creación de un culto laico, el de Juárez, para convertir en santón inofensivo al Benemérito de las Américas.

Pero así como se había desenvuelto un grupo de capitalistas extranjeros, dependientes del capital comercial y del industrial francés, español, inglés, alemán y de otros países europeos, también habían surgido numerosos obreros y existían amplios grupos de artesanos y campesinos desposeídos por el pillaje de terratenientes extraños. El imperialismo recién aparecido en el escenario del mundo, alrededor de los setentas, no había industrializado al país; la industria era casi inexistente. Lo que había sucedido, era que se habían creado pequeños núcleos de trabajadores textiles y habíase ampliado la explotación de las minas ensanchando el número de los operarios. Sobre todo, los trabajadores textiles y los operarios mineros tenían ahora menos vínculos con la tierra, ya que sus propiedades les habían venido siendo arrebatadas por rapaces extranjeros, españoles y franceses fundamentalmente, y también algunos ingleses y alemanes, hasta acercarlos más a la calidad de proletarios, de gente que sólo contaba, para subsistir, con la fuerza de su trabajo. Tampoco podía decirse que había sido creada una industria mexicana; pues el imperialismo no industrializa los países que ocupa. El capital industrial, históricamente anterior al monopolista —imperialista—, fabrica las mercancías en el país de origen; la plusvalía que sus mercancías encierran, es de trabajadores del mismo país de origen; al realizarlas en el mercado de otra nación, en otra nación, explota a ésta con la ganancia que obtiene en dinero,

pero no aprovecha directamente la fuerza de trabajo, plusvalía del trabajador del país donde vende. El imperialismo no importa ya mercancías solamente, sino capitales, bien sea en forma de dinero o de instrumentos de producción, la plusvalía de los productos que fabrica pertenece a trabajadores del país en que reside, y explota precisamente la plusvalía directamente. En el primer caso, la plusvalía es de trabajadores del país de origen del capital industrial; en el segundo, no es de obreros del país de donde procede el capital monopolista —imperialista— sino del que va a explotar.

México seguía siendo explotado por el capital industrial, por el monopolista y por el comercial; todos extraños. No se había creado una industria, o un comercio mexicanos; pero sí algunos obreros mexicanos, pertenecientes a núcleos proletarizados, radicalizados. Por añadidura, así como los campesinos desposeídos comenzaban a reaccionar descontentos, los artesanos también eran un foco de rebeldía; ya que la introducción de las mercancías industriales extranjeras creaba una competencia mortal, que acababa con sus fuentes de trabajo y subsistencia, y, por otro lado, la capacidad de absorción en las factorías era reducida, no podían recibir a toda esa masa proletarizada y radicalizada; los establecimientos eran contadísimos. Tampoco el Comercio podía absorberlos, pues estaba en manos del capital comercial con matriz en el exterior; los grandes almacenes pertenecían a franceses y españoles, que a toda costa conservaban su monopolio, protegidos por el gobierno del Dictador. Aunque los estanquillos se multiplicaban, su vida era vegetativa, incapaz de desenvolverse; se ahogaban bajo el peso del capital comercial residente.

La reelección de Porfirio Díaz en 1892, fué un pretexto para que se manifestara ese descontento que a cada momento cundiría más y se desenvolvería hasta encontrar su camino.

Esa fué una de las causas que hicieron más dura la lucha en esa ocasión. La ciudad de México se levantó activamente, tomando participación señalada en la campaña política; es decir, las masas populares contra la reelección. Las clases dirigentes también se movieron, pero en sentido contrario.

Las escuelas superiores albergaban principalmente estudiantes de la clase superior y de la media. Habían sido hechas, sobre todo Jurisprudencia, para modelar los cuadros que capitanearían al régimen. De la Escuela de Leyes salían los "científicos", cuya disciplina esencial, cuyo aprendizaje principal era el de la forma de enriquecerse. A los que lograban títulos profesionales, el Dictador o sus lugartenientes (en la ciudad de México serían Limantour y Casasús señaladamente) en el país, los halagaban y los compraban, poniéndolos a su servicio; cuando alguno resistía, venía la hostilización, se le hacía la vida imposible y las consecuencias llegaban, en veces, a mayores.

Pero los jóvenes estudiantes de origen popular, antes de abandonar las aulas y entrar a la lucha por la vida, eran susceptibles de sentirse cercanos a las causas del pueblo. En los motines de 1892, encabezados por Ricardo Flores Magón, junto con los obreros y los artesanos dirigieron los combates. En un mitin, el obrero que más se destacaba en esas luchas, estrechó la mano de un estudiante para simbolizar la unión entre el trabajo y la ciencia, en un rasgo propio de la mentalidad corriente por la época. El choque de manos se hizo en presencia de la policía, de su jefe, para exhibir la decisión de los aliados. Ese joven era Ricardo Flores Magón.

Hacia ya años que en el mundo la revolución había comenzado a ser una ciencia, o, por lo menos, se había comenzado a tener conciencia de ello. El rasgo era un símbolo más hondo. El conocimiento de él no estaba en ninguno de los que lo con-

sumaban; pero sí podía yacer en la objetiva situación de la correlación de fuerzas sociales.

En 1892 el pueblo fué derrotado. Había comenzado la era del Partido "Científico".

* * *

Pero la ciencia y su libertad han sido siempre patrimonio del pueblo, de las clases ascendentes: aquellas que no tienen ligas con el pasado, ni intereses creados con él, y, por lo mismo, son imparciales y advierten mejor la realidad, garantizando la marcha constante, ininterrumpida del progreso. Los organizadores de la Gran Convención Liberal en 1892 habían dicho en un párrafo de su manifiesto que creían llegada la hora de que se debía gobernar de acuerdo con la "ciencia". Por otro lado, la filosofía bajo la cual se habían educado y que constituía su concepción del mundo y de la vida, exaltaba el valor de la ciencia y preconizaba el progreso. Mas el positivismo, que tal era esa filosofía, en la práctica era una doctrina estática que operaba sobre fundamentos y principios abstractos, partía de una base abstracta.

La verdadera ciencia estaba del lado y al lado del joven estudiante y sus compañeros.

El siglo XIX fué el padre de los revolucionarios profesionales. Marx, Bakunin, Lassalle, Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Carlos Liebknecht, Plejanov, Lenin, Ricardo Flores Magón; todos ellos pertenecen a la misma especie, todos fueron hijos del siglo pasado y nacieron a la lucha dentro de él.

Eran gente que ya no podía consagrarse sino a la revolución, y su vida no podía distraerse en otras cosas. Sólo Federico Engels pudo ser industrial y revolucionario; pero su ac-

ción está considerada menor que la de Marx, su inseparable amigo, y la gloria ha sido para este último.

El desenvolvimiento de las fuerzas productivas y el encadenamiento mundial de la economía, convirtiendo al mundo en una cadena cuyos eslabones estaban indisolublemente ligados unos a otros, causó la internacionalización del fenómeno. También hizo posible que la persecución contra ellos pudiera extenderla cualquier gobierno a todos los sitios del planeta. Y no sólo en caso de persecución gubernamental, sino aun de la hostilidad privada, no había refugio seguro y tranquilo para ellos en el mundo. Los intereses que atacaban estaban en todas partes. En todos lados se encontraban con el mismo enemigo. Además, las cuestiones sociales, como el desarrollo de la técnica, se habían hecho una cosa más complicada y profundizada. Ni los enciclopedistas, ni revolucionario alguno anterior estuvieron rodeados de una situación igual.

La gente cuyo oficio era transformar al mundo se habían convertido en profesionales; la revolución era ya una ciencia.

Aquel estudiante que en 1892 combatía a los "científicos" impostores, abandonaría la Escuela de Jurisprudencia, a la que había entrado tres años antes, y haciendo a un lado el positivismo y sus afirmaciones, ingresó de plano a la ciencia de la revolución. A ella consagró su existencia. Si su escuela, la que siguió en su vida política, no lo apartó completamente del idealismo; lo hizo, en cambio, un revolucionario a pesar de ella.

En 1893 ocupó un puesto en el terreno de la lucha periodística. No madura su orientación, trabaja como miembro de la oposición en un periódico afiliado a ella, *El Demócrata*, que fué suprimido antes de su tercer mes de vida.

Y así llegamos a 1900.

* * *

En ese año cuaja el periodista revolucionario. Funda el periódico *Regeneración*, de azarosa, pero firme vida.

Por ese mismo año, Camilo Arriaga funda el Club Liberal Ponciano Arriaga, en San Luis Potosí. Los liberales que quieren recobrar su bandera, se organizan. Flores Magón, con su periódico, organiza a los trabajadores, aunque sobre una doctrina anarquista. Los liberales y los anarquistas pueden aliarse. Y no solamente ellos, sino los socialistas, lo harían. El movimiento popular mexicano entraba en un período de organización. En el fondo, Ricardo podía ser un liberal, tanto más cuanto que la oportunidad histórica no había hecho pasar de moda la revolución democrático-burguesa-agraria. Más de cien clubes liberales y miles de trabajadores mexicanos, aquéllos organizados por Arriaga y sus compañeros, y éstos por *Regeneración*, llegarán a ser el motor dirigente del movimiento social mexicano, ya unidos.

La unión ocurre en el primer Congreso Nacional de los Clubes Liberales, reunido en San Luis Potosí el 5 de febrero de 1901, fecha en que se celebraba el XLIV aniversario de la promulgación de la Carta Magna de 1857. Los grupos magonistas deciden participar en esa asamblea, para transformar su carácter anticlerical, jacobino, dándole un contenido social más moderno, real y profundo. Aunque en ella se presenta Ricardo y acusa al Dictador de ser el responsable de que las Leyes de Reforma se hubieran convertido en nugatorias, también presenta un programa social. Su actuación le permite realizar otro de los objetivos que sus compañeros se habían propuesto: hacerse de un instrumento que pudiera actuar menos expuesto a la represión del Dictador.

Los grupos magonistas, apegados al anarquismo y formados principalmente por obreros, eran susceptibles de provocar más feroces iras del Dictador. La huelga había sido considerada como delito en el Código Penal expedido por la Dictadura, para complacer a sus amos extranjeros. Una organización liberal, en cuyas filas dominaban trabajadores de otro tipo y clase media, con una fisonomía jacobina aparente, podía amparar mejor la existencia del movimiento. La alianza con otros núcleos, como los agrupados en los clubes liberales, haría menos vulnerable la organización y más poderosa. El problema era lograr esa unidad. Ricardo lo consigue. Arriaga, por lo demás, tampoco estaba exento de simpatías por el anarquismo.

La presentación de un amplio programa social, atrae a los congresistas. Y se toma el acuerdo de reorganizar el Partido Liberal, cuyo nombre y bandera habían tratado de usurpar los "científicos" porfiristas en 1892.

Flores Magón trabaja activamente en el movimiento. Se pone en contacto con muchas poblaciones del país. Está en la manifestación de Monterrey atacada por Bernardo Reyes, y figura entre los acusadores de éste ante el Congreso de la Unión. Se ve obligado, junto con Arriaga y algunos otros, a salir del país por este asunto. Allá sigue trabajando, y hasta allá lo acompaña la persecución porfiriana.

Disponer de un instrumento menos vulnerable a la represión, había sido una cosa relativa. La furia oficial no dejaba de ser descargada ferozmente. Sin embargo, la táctica no había sido equivocada. Llevaba al cabo un trabajo de proselitismo coronado por el éxito. Todo el país respondía. No sólo los descontentos que habían acudido a la lucha en 1892, sino también los obreros de las fábricas y los peones, los campesinos y la clase media. En las factorías se trabajaba una

jornada exhaustiva, con bajos salarios y capataces extranjeros; en el campo las jornadas eran de sol a sol, por insignificante suma de centavos.

A lo largo de su trabajo, sostiene la existencia de *Regeneración*. Su obra de periodista abarca también otros periódicos, entre ellos *El Hijo del Ahuizote*, que en 1902 dirige Juan Sarabia, otro de los primeros jefes del movimiento revolucionario. Sus eficaces artículos lo llevan a frecuentes ingresos a las bartolinas de la cárcel de Belén.

Las prisiones porfiristas pertenecen a cientos de años atrás. José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, nos dejó una descripción de los lugares coloniales de reclusión, vistos por él cuando estuvo en ellos, castigado por creer en la libertad de prensa fingida en 1812. No podemos observar diferencia con las ergástulas porfiristas. Ricardo Flores Magón habló de ellas: "Alguna vez, cuando aun era joven, fui internado durante semanas en un calabozo oscuro, tan oscuro, que me impedía verme las manos. Estó aconteció en la ciudad de México, durante aquel horripilante periodo en que Díaz imperaba con mano sangrienta. El calabozo carecía de pavimento y constituía el piso una capa de fango, de tres o cuatro pulgadas de espesor, mientras que las paredes rezumaban un flúido espeso que impedía secar las expectoraciones que negligentemente habían arrojado sobre ellas los incontables y descuidados ocupantes anteriores. Del techo pendían enormes telarañas, desde las que acechaban enormes, negras y horribles arañas. En un rincón, abierto en el albañal, había un agujero. . . Era éste uno de los calabozos en los que el déspota acostumbraba arrojar a sus opositores, con la esperanza de quebrantar sus espíritus, y fué de una de esas cámaras infernales, tan sagazmente calculada para quebrantar, majar y estropear la voluntad más poderosa, donde Jesús Mar-

tínez Carreón, el exquisito artista cuyas pinturas le conquistaron el reconocimiento de Europa y América, fué sacado agonizante y ciego, para morir, pocas semanas después, en un hospital, presa de la tuberculosis. En mi horrible morada pude soportar el viscoso contacto de las paredes; mis pulmones, entonces jóvenes y sanos, pudieron resistir el veneno de aquella tumba; mis nervios, aunque sensibles, pudieron ser amagistrados por mi voluntad, para responder con sólo un leve estremecimiento a los asaltos y mordiscos de las ratas en la obscuridad. . . Mi petate estaba húmedo, así como mi vestido; de vez en cuando un golpe en el petate o en el fango, o de mañana en mi cuerpo, me indicaba que una araña había caído y un estremecimiento recorría mi sistema nervioso. Pero pude soportar todo eso, menos la ausencia de luz".

Las persecuciones lo hacen huir a los Estados Unidos. En Norteamérica continuaría la empresa. Acompañado de su hermano Enrique, que siempre compartió sus luchas, publica *Regeneración*. El 28 de septiembre de 1905, en San Luis Missouri, Estados Unidos, constituye la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. El Club Liberal Ponciano Arriaga era superado. El primero de junio de 1906 lánzase el programa públicamente. En él está lo que sería todo, sin faltar nada, el futuro contenido de la Revolución Mexicana. Su periódico conserva su papel de organizador e inspirador. Los obreros mexicanos y los campesinos, reciben su poderosa influencia, y aprenden brillantes tácticas; sobre todo, los impulsa, los alienta, impide desmayos ante la represión.

Las rebeliones campesinas estallan, hay convulsiones revolucionarias. En Acayucan, San Pedro Soteapan, Huautzuntlan y Jiménez, la sangre campesina corre a torrentes, derramada por la feroz represión; se incendian poblados y matan

centenares de inocentes, para impedir la organización campesina. La orientación magonista evita que la derrota sea el desastre.

Una terrible fuerza subversiva hay en sus discursos y escritos, es verdad. Pero esa terrible fuerza reside en su acoplamiento a la realidad y a la indole de las condiciones objetivas existentes. Las contradicciones del régimen se agudizan. El breve sector obrero, por dialéctica social, ha de ser director; sus luchas, acompañando a las campesinas, serán señales para abrir el fuego.

El poder dictatorial lo alcanza hasta su refugio, en complicidad con Wall Street; diplomáticos y cónsules logran obligar a los hermanos Flores Magón a emigrar, trasladándose al Canadá. En la colonia inglesa multiplican su acción. Y algún tiempo después, regresan a los Estados Unidos, fundando en Los Angeles, California, el periódico *Revolución*.

Lleva una existencia azarosa, sucesivamente preso y puesto en libertad, varias veces. En las poblaciones limítrofes con México, circulan las ofertas de veinte mil pesos por la cabeza de Flores Magón. En una carta fechada el 30 de octubre de 1920, dirigida a su amigo Nicolás T. Bernal, desde la penitenciaría de Leavenworth, Kansas, referirá algo de aquellos días: "San Francisco, California, debe estar ahora hermoso. Viví allí en 1907, cuando gran parte de la ciudad estaba en ruinas, y uno de mis intentos revolucionarios en México también estaba en ruinas. Me oculté con mi pena entre las ruinas cuando sobre mi cabeza pendía un premio de 20,000 dólares que se habían ofrecido por mi arresto; el servicio secreto de las dos naciones (México y los Estados Unidos) me perseguía de un lugar a otro, de ciudad en ciudad. Era cuestión de vida o muerte para mí, porque mi arresto significaba mi paso inmediato a México y ser asesinado allí sin ninguna apariencia de

juicio. Ya ves, mi querido hermano, cómo tengo muy buenas razones para recordar a San Francisco. ¡Cuántos días pasé sin llevarme un pedazo de pan a la boca! Algunas veces me pasaba tres o cuatro días sin comer, y durante esos ayunos forzados pensaba en los miserables que matan por una pieza de pan, porque yo mismo me sentía asaltado por instintos asesinos, y habría matado si mis ideales no me hubieran apartado de esos pensamientos".

Los días de ayuno y cárcel, las sombrías perspectivas de aprehensión y paso a México, no impiden que la gigantesca tarea continúe; hace cartas, artículos, manifiestos, proyectos de insurrección en diversos lugares de México.

En 1907 Porfirio Díaz abre su propia fosa. La Junta Organizadora del Partido Liberal y la prensa magonista, movilizan obreros y campesinos. El régimen que vivía atropellando al pueblo, sustentado en la leva, la "cuerda", las deudas hereditarias, el Valle Nacional, las matanzas de castas, había llegado al principio del fin. Las veladas cursis en los palacetes de la ciudad de México y las capitales, seguían recitando a los clásicos, revolcados en el "snob" del nuevo rico. La adulación a los capitales extranjeros, proseguía. Los poetas y literatos "puros" dedicaban sus versos a Limantour, Mecenas que pagaba viajes a Europa, para que los sumisos dieran brillo a su apellido francés. Amado Nervo y Jesús Urueta figurarían entre los que tal hicieron.

Pero la dinámica social obraba.

A las rebeliones campesinas y su aurora de sangre, siguen en ese año 1907 las huelgas obreras. En Cananea, los trabajadores mineros y metalúrgicos se niegan a trabajar sin mejores condiciones. Las reinantes eran jefes y capataces extranjeros, carencia absoluta de derechos para ocupar puestos dirigentes, bajos salarios, bajísimos, ninguna garantía contra riesgos de ac-

cidentes de trabajo. Uno de los testigos, trabajador él mismo, nos relata lo que pedían: "reformas de carácter político, económico y social; fin de las farsas electorales para el advenimiento de la democracia; guerra contra toda dictadura y los desmanes de los caciques; lucha contra toda clase de discriminaciones raciales; igualdad en la compensación del trabajo, ascensos por aptitud, y elevación del nivel de vida de los trabajadores mineros y sus familiares; educación, atención sanitaria y médica; medidas de seguridad e higiene del trabajo; cuidado de los hijos de los trabajadores; medidas contra los abusos del imperialismo capitalista; respeto a nuestra soberanía nacional, y tantas otras cosas más que hoy exalta la humanidad entera como suprema aspiración". La huelga de Cananea no era un movimiento reducido, abarcaba las exigencias expresadas por el país. Y, asimismo, tremolaba ideales humanos. Por eso, para ahogarla, el Dictador acudió a la intervención extranjera. Los que habían matado a los mártires de Chicago, accedieron a matar obreros mexicanos. Los "rangers" del coronel Thomas Rinning, cruzaron la frontera y asesinaron trabajadores mexicanos, sin respetar sexo ni edad.

La matanza no podía acabar el movimiento. Los trabajadores no se acobardaron. La inspiración magonista los alentaba y les daba la salida. La Unión Liberal Humanidad, pilar precursor de la unidad minera nacional, fué el vigorizado instrumento de lucha para los trabajadores de Cananea.

* * *

En la Revolución Francesa nacieron los clubes como centros organizadores celulares de la lucha revolucionaria. En la Revolución Rusa surgieron los *soviets* que llegaron a ser inclusive, la nueva forma del Estado. Ambos fueron creaciones

del pueblo. En la Revolución Mexicana brotaron los círculos de obreros libres. *Regeneración* y Flores Magón los impulsaron y plasmaron como herramienta de trabajo social. Llegaron a más de ochenta. Comenzados en Río Blanco, se ramificaron por los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Querétaro, México y Distrito Federal. Los clubes liberales de Camilo Arriaga habían sido dejados atrás; las condiciones cambiantes de la empresa, imponían nuevas armas. Así como Flores Magón advirtió la posibilidad de emplear los clubes para empezar, del mismo modo lo hizo con los círculos de obreros libres.

La cuna de los círculos, Río Blanco, dió la segunda gran señal. El 7 de enero de 1907, los trabajadores se levantan contra sus patrones extraños, que vejaban la dignidad, las leyes y la soberanía nacional, y consumaban una brutal explotación de hombres, mujeres y niños. La tienda de raya es incendiada, ante la provocación de los esbirros que se presentan con la misión de ahogar en sangre el derecho de huelga. Los trabajadores escriben una página tremenda, con su sangre, en los antecedentes del artículo 123 de la Constitución de 1917. El ejército mercenario de la Dictadura participa en la matanza sin igual. Al otro día salían numerosos vagones, repletos de cadáveres obreros, mujeres y niños, por cientos, camino del mar, donde sepultaron su fúnebre cargamento. Los patrones extranjeros, quedaron triunfantes en apariencia, por el momento. El Dictador había cumplido su deseo, ordenando el asesinato. No en balde era el Santa Anna de la época del capital monopolista, imperialista; el instrumento de los capitales extranjeros.

El pueblo acepta el combate. Se suceden Las Vacas, Viesca, Casas Grandes, Velardaña, Palomas, Valladolid, donde los obreros y los campesinos libran combates parciales, feroz-

mente atacados por la Dictadura, que había desencadenado su furia asesina.

En todas partes está Flores Magón. Porque en todas partes la dirección cae en manos de obreros y campesinos, empujando a toda la población, despertándola con el ruido de los disparos y enfureciéndola con el color de la sangre. Se necesitaba que pequeño-burgueses y clase media, burgueses e intelectuales, pequeños comerciantes y estudiantes, profesores y artistas, se pusieran todos en acción.

Las revoluciones democrático-burguesas-populares-agrarias, cuya oportunidad histórica estaba ahí, necesitaban la participación de todos aquellos elementos.

* * *

En 1908 el Dictador observa que el pueblo está en movimiento: los obreros y los campesinos, los artesanos, los productores. Quizá intuye el peligro, la amenaza: hay pródromos de revolución, y es de las clases más poderosas de la sociedad. Los pequeño-burgueses en general, los terratenientes, los burgueses, todos los que formaban la base de su gobierno, le han dejado toda la carga. El solo tiene que actuar. El terror no es capaz, por sí solo, cuando es el terror de las fuerzas policíacas, entre ellas el ejército mercenario; no es capaz, pensaría, de oponerse victoriosamente al embate de las masas más activas. Es necesario que acepten el reto. Prefiere que sean sus mismos elementos los que hagan la revuelta; el cambio, así, sólo será aparente, sólo se tratará de un cambio en la decoración; en el fondo se conservará el dominio de los mismos. O, cuando menos, es preferible que triunfen otros estratos y no los obreros y campesinos. A éstos no debe dárseles ni el derecho de huelga, ni la tierra, ni la jornada de ocho horas.

Es preferible un motín a una revolución social, aunque sea democrático-popular-agraria, para el agente de los capitales extranjeros. Entonces urde una entrevista con un periodista extranjero: Creelman. Y en marzo de 1908 tiene lugar el acto conocido como la entrevista Díaz-Creelman.

Allí en el Castillo de Chapultepec, en su terraza que domina el hermoso panorama del Valle, Creelman recoge las confesiones del Dictador. Se publican primero en un periódico norteamericano, el *Sharpers Magazine*. De ahí la copia, traducida de *El Imparcial*, periódico oficioso que vive con el subsidio del Gobierno, entregado con disimulo. Reyes Spíndola, su director y propietario, que hace grandes negocios editoriales y prediales con el dinero público, ha logrado matar, con esos medios, la prensa no afecta al régimen. El periodismo está dominado por los "científicos".

Díaz manifiesta que está dispuesto a dejar el poder, que saludaría con júbilo la formación de algún partido de oposición. Por sus palabras se ve que no tomaba en cuenta la existencia de la Junta Organizadora del Partido Liberal ni de los círculos de obreros libres. El subconsciente lo traicionaba. Su llamamiento estaba claro; era para otras capas sociales. Subrayaba la existencia de una clase media, cuya creación se atribuía. A ella encomendaba la tarea. Confiaba, seguramente, en el carácter vacilante de ese núcleo, en política.

La publicación de las declaraciones despertó a todos. Se desencadenaron los preparativos de lucha. La clase media y pequeña burguesía, casi lo mismo en México, se organizan en el Partido Democrático. Lo integran protegidos de los "científicos". Su programa contiene reivindicaciones populares, formuladas en rasgos de una generalidad manifiesta. Luego se funda el Partido Antirreeleccionista, donde se agrupan algunos pequeño-burgueses más despiertos, que calculan mejor

las perspectivas; no se suman a su partido, el Democrático, porque advierten la indole vacilante de sus elementos, socialmente hablando; saben que, finalmente, derivarán hacia el Antirreeleccionista. En éste los directores son los núcleos conectados con la propiedad de grandes extensiones territoriales, con industrias cuya naturaleza linda con el feudalismo y con tiburones de los bufetes que patrocinan grandes negocios. Era posible que los gobernantes llegaran a entenderse con los antirreeleccionistas, según sus cálculos. Luego veremos que ya ni esto era posible. Ya no podía ocurrir solamente un cambio en la decoración.

Las elecciones dan el triunfo al Dictador. Aunque la maniobra había estado a punto de dar buenos resultados, la ceguera y necedad del Partido Científico, que se negó a dar concesiones, frustraron todo. Se había logrado que la oposición quedara dirigida por núcleos menos radicales, imprimiendo moderación. Estaban dispuestos todos a que prosiguiera el viejo Dictador, con la esperanza de que pocos años de vida le quedaran. Pero querían un vicepresidente popular. Los "científicos" se negaron. Su jefe, Limantour, despechado porque no lograba sus secretas aspiraciones presidenciales, atizaba la hoguera. Impusieron un vicepresidente "científico". Ni siquiera habían admitido la beligerancia de Bernardo Reyes, el hombre de reserva que tenían los capitales extranjeros. Ramón Corral era el llamado a suceder al Presidente, al Dictador.

No hubo transacción posible, pacífica, afortunadamente quizá.

Flores Magón, el revolucionario profesional, adiestrado en la ciencia de la Revolución, por más que sus doctrinas, sustentadas en principios abstractos, empañaran la calidad científica de su acción, advierte hacia dónde conducen los hechos. Las influencias principales que obraron sobre él, fueron Kro-

potkin, Tolstoi, Malatesta y el Gorki de una época. El anarquismo reformista del primero, el anarquismo cristiano del segundo, el abstracto del tercero y el desesperado del último en ese tiempo, no le bastaban para ejecutar hasta sus últimas consecuencias sus ideas; pero también conocía otras cosas, que le enseñaron también la forma de orientarse en el camino. Esta contradicción, que no resta grandeza a Ricardo, se reflejaría muchas veces en que se le escaparan de las manos resultados que había visto próximos. En rasgos generales, sin embargo, no se equivocaba.

Se acercan los sucesos del 20 de noviembre de 1910. Aunque su equipo ideológico no le permite adueñarse de las circunstancias, como, por ejemplo, Lenin en la Revolución de 1917, sujetándolas a su propósito en forma práctica, Flores Magón sí es capaz de moverlas. Nunca se adueñará del poder; pero sí lo moverá eficazmente de unas manos a otras. Vió claramente la proximidad de los hechos, y los distinguió muy aproximadamente.

En *Regeneración* del 3 de septiembre de 1910, este Baboeuf de la Revolución Mexicana, dice: "aquí estamos. Tres años de trabajos forzados en la prisión han forjado mejor nuestro carácter. El dolor es un acicate para los espíritus fuertes. El flagelo no nos somete: nos rebela.

"Apenas desatados, empuñamos de nuevo la antorcha revolucionaria y hacemos vibrar el clarín de combate: *Regeneración*.

"Aquí estamos —prosigue—, como siempre, en nuestro puesto de combate. El martirio nos ha hecho más fuertes y más resueltos: estamos más prontos a más grandes sacrificios. Venimos a decir al pueblo mexicano que se acerca el día de su liberación. A nuestra vista está la espléndida aurora del nuevo día; a nuestros oídos llega el rumor de la tormenta salvadora

que está próxima a desencadenarse; es que fermenta el espíritu revolucionario; es que la Patria entera es un volcán colérico a punto de escupir el fuego de sus entrañas. "¡No más paz!", es el grito de los valientes; mejor la muerte que esta paz infame".

También dice: "Obreros, escuchad: muy pronto quedará rota la infame paz que por más de treinta años hemos sufrido los mexicanos. La calma del momento contiene en potencia la insurrección del mañana. La revolución es la consecuencia lógica de los mil hechos que han constituido el despotismo que ahora vemos en agonía.

"La revolución tiene que efectuarse irremisiblemente, y, lo que es mejor todavía, tiene que triunfar, esto es, tiene que llegar a sangre y fuego hasta el cubil donde celebran su último festín los chacales que os han devorado en esta larga noche de treinta y cuatro años. Pero ¿es eso todo? ¿No os parece absurdo llegar hasta el sacrificio por el simple capricho de cambiar de amos?

"Obreros, amigos míos, escuchad: es preciso, es urgente que llevéis a la revolución que se acerca, la conciencia de la época; es preciso, es urgente que encarnéis en la pugna magna el espíritu del siglo. De lo contrario la revolución, que con cariño vemos incubarse, en nada diferirá de las ya casi olvidadas revueltas fomentadas por la burguesía y dirigidas por el caudillaje militaresco, en las cuales no jugasteis el papel heroico de propulsores conscientes, sino el nada airoso de carne de cañón...

"Para evitar esos lamentables extravíos es preciso reflexionar. La revolución es inminente: ni el gobierno ni los opositoristas podrán detenerla. Un cuerpo cae por su propio peso, obedeciendo las leyes de la gravedad; una sociedad revolucionaria, obedeciendo leyes sociológicas incontrastables, está en

marcha. Pretender oponerse a que la revolución estalle, es una locura que sólo puede cometer el pequeño grupo de interesados en que no suceda tal cosa. Y ya que la revolución tiene que estallar, sin que nadie ni nada pueda contenerla, bueno es, obreros, que saquéis de ese gran movimiento popular todas las ventajas que trae en su seno y que serían para la burguesía, si, inconscientes de vuestros derechos como clase productora de la riqueza social, figuraseis en la contienda simplemente como máquinas de matar y de destruir, pero sin llevar en vuestros cerebros la idea clara y precisa de vuestra emancipación y engrandecimiento sociales...

"Así, pues, obreros, es necesario que os deis cuenta de que tenéis más derechos que los que os otorga la Constitución política de 1857, y sobre todo, convenceos de que, por el solo hecho de vivir y de formar parte de la humanidad, tenéis el inalienable derecho a la felicidad...

"Ahora sólo me resta exhortaros a que no desmayéis. Veo en vosotros el firme propósito de lanzaros a la revolución para derribar el despotismo más vergonzoso, más odioso que ha pesado sobre la raza mexicana: el de Porfirio Díaz. Vuestra actitud merece el aplauso de todo hombre honrado; pero os repito, llevad al combate la conciencia de que la revolución se hace por vosotros, de que el movimiento se sostiene por vuestra sangre y de que los frutos de esa lucha serán vuestros y de vuestras familias, si sostenéis con la entereza que da la convicción, vuestro derecho a gozar de todos los beneficios de la civilización.

"Proletarios: tened presente que vais a ser el nervio de la revolución; id a ella, no como el ganado que se lleva al matadero, sino como hombres conscientes de todos sus derechos. Id a la lucha; tocad resueltamente las puertas de la epopeya; la gloria os espera impaciente de que no hayáis hecho pedazos todavía vuestras cadenas en el cráneo de vuestros verdugos."

Ni él mismo podía fijar objetivos concretos. Sólo uno se adivina en su proclama: "tenéis más derecho que los que os otorga la Constitución política de 1857". ¿Y para qué era más? El movimiento que se avecinaba quedaba perfectamente definido.

A cualquiera le parecería que Flores Magón llamaba a la anarquía, al sistema anarquista, según la doctrina teórica que había abrazado. Pero ¿acaso el programa y manifiesto del Partido Liberal Mexicano, lanzado en 1906 desde San Luis Missouri por él, no aclaraba todo? Flores Magón era un liberal romántico. Era, también, un Baboeuf de la Revolución Mexicana. Movía las capas más profundas de la sociedad mexicana, hacia objetivos históricos muy avanzados; pero marchaba al lado de la revolución democrático-agrario-popular burguesa.

Ese contenido agrario y popular progresivo, lo daba aleccionando para sobrepasar la Constitución liberal antigua de 1857. La nueva constitución traería el artículo 27, el 123 y el 130. El programa del Partido Liberal Mexicano estaría en ella. Los trabajadores, la Casa del Obrero Mundial, firmarían un pacto con Carranza, para obtener algunas conquistas en cambio de su contribución en la lucha armada; y más tarde los batallones rojos cumplirían el deseo de Flores Magón, dentro de la oportunidad histórica.

Pero él mismo advertía las cosas. En vísperas —literalmente— del estallido, decía (el 19 de noviembre de 1910), pocas horas antes de que sonaran los disparos de Puebla, en la casa de Aquiles Serdán: "No es posible predecir, repito, hasta dónde llegarán las reivindicaciones populares en la revolución que se avecina; pero hay que procurar lo más que se pueda. Ya sería un gran paso hacer que la tierra fuera propiedad de todos; y si no hubiera fuerza suficiente o suficiente

conciencia entre los revolucionarios para obtener más ventaja que ésa, ella sería la base de las reivindicaciones próximas que por la sola fuerza, de las circunstancias conquistaría el proletariado.

"¡Adelante, compañeros! Pronto escucharéis los primeros disparos; pronto lanzarán el grito de rebeldía los oprimidos. Que no haya uno solo que deje de secundar el movimiento, lanzando con toda la fuerza de la convicción este grito supremo: ¡Tierra y Libertad!"

Dió el grito motriz del movimiento de la revolución democráticoagraria que estallaba. El grito perduró hasta nuestros días. Aun sigue inscrito en las banderas campesinas de las organizaciones que existen. Zapata no encontró otro mejor.

Y esta revolución que representa un gran jalón histórico en su época, tiene un valor mundial. Sólo los mediocres pueden restarle importancia. Lenin no subestimó nunca, por ejemplo, la revolución rusa de 1905, y eso que él representa al estratega contemporáneo por excelencia, en el oficio de las revoluciones.

Flores Magón señala la naturaleza del movimiento, sabe que se mueve en un mundo internacionalizado por los capitales imperialistas, y habla a la clase revolucionaria en ascenso, a la que como Baboeuf, representa. En un manifiesto a todos los trabajadores del mundo, dice: "Compañeros: hace poco más de cuatro meses que la bandera roja del proletariado flamea en los campos de batalla de México, sostenida por trabajadores emancipados, cuyas aspiraciones se compendian en este sublime grito de guerra: ¡Tierra y Libertad!"

"Nuestros esfuerzos, por generosos y abnegados que sean, resultarían aniquilados por la acción solidaria de la burguesía de todos los países del mundo. Por el solo hecho de haber efectuado su aparición la bandera roja en los campos de bata-

lla mexicanos, la burguesía de los Estados Unidos ha obligado al Presidente Taft a enviar veinte mil soldados a la frontera con México y barcos de guerra a los puertos mexicanos. ¿Qué hacen, entretanto, los trabajadores de todo el mundo? Cruzarse de brazos y contemplar, como en las sillas de un teatro, las personas y las cosas de este tremendo drama, que debería conmover todos los corazones, que debería sublevar todas las conciencias, que debería hacer vibrar intensamente los nervios de todos los desheredados de la tierra, y ponerse de pie, como un solo hombre, para detener las escuadras de guerra y marcar el alto a los esclavos uniformados de todos los países.

“¡Agitación!, es el supremo recurso del momento. Agitación individual de los trabajadores conscientes; agitación colectiva de las sociedades obreras y de la del librepensamiento; agitación en la calle, en el teatro, en el tranvía, en los centros de reunión, en el seno de los hogares, en todas partes donde pueda haber oídos dispuestos a escuchar, conciencias capaces de indignarse, corazones que no se hayan encallecido con la injusticia y la brutalidad del medio; agitación por medio de cartas, de manifiestos, de hojas sueltas, de conferencias, de mítines, por cuantos medios sea posible, haciendo comprender la necesidad de obrar pronto y con energía en favor de los revolucionarios radicales de México, que necesitan tres cosas: protesta mundial contra la intervención de las potencias en los asuntos mexicanos, trabajadores conscientes decididos a propagar las doctrinas de emancipación social entre los inconscientes, y *dinero, dinero y más dinero* para el fomento de la revolución social de México”.

Ni él mismo distinguía qué alcances tendría aquello que empezaba con la intervención de todos los sectores sociales mexicanos.

* * *

Los liberales se entregan completamente a Madero. Más tarde, Camilo Arriaga, reorganizador, dirá que hizo ver al Presidente sus errores. Pero la colaboración continuaba, y el enemigo tenía manos libres. Por su lado, el movimiento dirigido por el anarquista Flores Magón, expresa que las esperanzas abrigadas no han sido satisfechas.

Era verdad que no regía una política social. Madero había cambiado la decoración. No podemos cargarle toda la culpa; no era sino representante de un conjunto de fuerzas. La parte que dominaba, era la responsable. Hasta la pequeña burguesía y el antirreeleccionismo puro, critican la tolerancia del Presidente con el enemigo. Luis Cabrera afirmará después haber tenido una plática con alguien, en la cual predijo la muerte de Madero por sus mismos partidarios, a causa de esa política inconsecuente con los principios animadores. El viejo ejército federal sigue encargado de las armas; las tropas revolucionarias son licenciadas. Se está a merced de las fuerzas policíacas del antiguo régimen. Pretende el Gobierno instaurar un Departamento del Trabajo; pero su medida es saboteada.

Las fuerzas que participan en una revolución no pueden contentarse con buenas voluntades. Las masas son objetivas, prácticas. Hasta Pascual Orozco se subleva en el Norte. Zapata, en 1912, expide el Plan de Ayala y continúa en pie de guerra. Madero sería asesinado. No ocurre el asesinato en la forma que Cabrera lo calculó. No perece a manos de sus partidarios, sino de sus enemigos, de los que había conservado en el aparato policíaco porfirista.

Ninguno habla más claro a Madero que Flores Magón. Le habla con la elocuencia de los hechos y con la sinceridad de sus palabras rebeldes al pueblo. No aconseja que se detenga la acción popular; aunque no es partidario de la violencia por la violencia misma. Alguna vez su hermano Enrique, que secundó en todas sus luchas a Ricardo, hasta el grado de escapar, por cuestión de horas, a la suerte del segundo, nos refirió la opinión que el fundador de *Regeneración* sustentaba: la violencia sólo debe aceptarse en casos extremos, cuando sea irremediable.

Los anarquistas, comunistas libertarios se llamaban, de Flores Magón, creyeron siempre que su aprehensión y encarcelamiento en el condado de los Angeles, en 1911, y la condena de dos años de prisión en Mc Intire, a donde fueron enviados un 4 de julio, en 1912, creyeron siempre, repetimos, que se debía a influencias del régimen maderista, a causa de que habíanse opuesto al Gobierno del Presidente Mártir. Los elementos reaccionarios que rodeaban al Ejecutivo, no estaban exentos de psicología propia para ejercer cualquier especie de presión.

No sabemos hasta dónde Ricardo haya aceptado la versión. Lo cierto es que siguió su línea, al lado del movimiento popular, como lo prueba el manifiesto que dirigió a los trabajadores del mundo. Naturalmente que oponiéndose a todo compromiso con el antiguo régimen.

* * *

En febrero de 1913 ocurre el asesinato de Madero. El aparato policiaco de la hipotéticamente derrocada dictadura, se sublevó. Victoriano Huerta se hace fuerte en la Ciudadela. Quedaba demostrado, por la fuerza y el triunfo momentáneo

del golpe, que si bien el dictador Díaz había sido arrojado, no había sucedido lo mismo, por completo, con el material de sus cimientos.

Allí en la Ciudadela, Huerta tenía un compañero. Este fué autor de una calumnia, que servía maravillosamente a porfiristas, felicistas y huertistas. Acusaba a Flores Magón de filibustero, al servicio de los Estados Unidos, que atacó Baja California con el propósito de segregarla de México y fundar una república independiente. Aprovechó el acto exhibicionista de un cómico, Dick Ferris, que para darse publicidad manifestó su propósito de fundar un república independiente en Baja California. El hecho que éste cometió, diciendo estar al lado de la organización conocida por las iniciales I. W. W., sirvió para arrojar sospechas sobre Flores Magón y sus liberales, atribuyéndoles a ellos el acto. Posteriormente, en el proceso que se les formó a los Flores Magón y camaradas, el mismo Dick Ferris declaró no tener conexión alguna con ellos, ni haberlos conocido nunca.

Lo cierto es que los liberales magonistas sí dieron, independientemente de lo que hiciera Dick Ferris, una batalla contra el porfirismo, en ese mismo año de 1911. Una expedición liberal se dirigió a Baja California. Al mando de José María Leyva, se apoderaron de Mexicali y de armas y elementos, reclutaron gente que voluntariamente se les reunió y luego siguieron su marcha para combatir. El 8 de abril de 1911, presentaron batalla los liberales de la Baja California, en la Mesa, al sur de Mexicali, contra las tropas federales. Había 87 liberales frente a más de 400 soldados bien pertrechados. Un periodista, Teodoro Hernández, veterano de las luchas liberales, relata: "Los porfiristas, no obstante su mayor número, fueron rechazados; y si bien es cierto que entre los liberales había algunos norteamericanos, malamente ha servido ello a los de-

fensores del porfirismo para tergiversar los hechos dándole a esa circunstancia un alcance que no tuvo para considerar el movimiento revolucionario como de carácter filibustero.

"El viejo Garibaldi y otros extranjeros de ideas liberales tomaron parte muy principal en la independencia de las naciones latinoamericanas, y a nadie se le ha ocurrido decir que los nativos de esos países hayan hecho mal en aceptar la generosa ayuda, y menos juzgar como filibusteros a quienes cooperaron a la libertad de aquellas naciones. Un descendiente del viejo Garibaldi estuvo al lado de Madero, lo mismo que otros extranjeros y no ha sido ese motivo para reprocharle que los acogiera y aceptara su cooperación.

"El hecho de que el mismo señor Madero haya concedido beligerancia a los liberales que en la Baja California se pasaron a las filas maderistas es la demostración más elocuente de que no los consideró filibusteros. Los calumniadores, para ser consecuentes con la tesis defendida por ellos, debieran considerar en todo caso al señor Madero, por la circunstancia expresada, como cómplice de los llamados filibusteros.

"Uno de esos calumniadores, Salado Alvarez, a falta de frases de confusión, alquitranando su lenguaje con figuras cervantinas, tiene que confesar la insospechada honradez de Ricardo Flores Magón, y dice rebosando despecho sin darse cuenta de que sus palabras son arma de dos filos y que es a él al primero que hieren: "Pero hay aspectos de su carácter que no sabría yo condenar. Flores Magón era un hombre de carácter. ¿Que empleó esa fuerza e hizo de ella un uso indebido? Sin duda ninguna. Pero en el país en que todos trafican con la conciencia, con la honra profesional, con los empleos, Magón era una excepción. Valía más que hubiera sido de esos que emplean su tenacidad en el bien y llegan a cosas grandes; pero éstos se llaman santos y héroes".

También podemos agregar que al lado de los magonistas, participaron en la expedición antiporfirista contra las fuerzas federales de Baja California, miembros de la agrupación de los I. W. W., que el cómico excéntrico Dick Ferris pretendía tener como compañeros. Estos magonistas de la I. W. W. se encargaron por sí mismos, en medio de los hechos sucedidos, de castigar la aventura de Dick Ferris; allí mismo, sobre el escenario, fusilaron a muchos de los secuaces de Ferris.

Que trabajadores norteamericanos I. W. W. hubieran seguido a los magonistas en la expedición, como simples soldados de la libertad, no puede extrañar a nadie. Flores Magón y sus camaradas tenían una poderosa influencia sobre más de 30 millones de individuos en los Estados Unidos. Además, por aquella época los luchadores eran internacionales; los anarquistas y socialistas, consideraban como su patria al mundo, en un arranque romántico de su mentalidad.

México nunca ha aceptado la calumnia.

* * *

Los liberales y anarquistas trabajaron por desenvolver hasta sus consecuencias últimas el régimen del capitalismo en el mundo, durante el siglo pasado. Los primeros, partidarios de un Estado gendarme, buscando establecer gobiernos, Estados acordes con su doctrina. Los segundos, negadores de la autoridad y del Estado, no consideraban práctico luchar por la anarquía; así que perseguían regímenes liberales. Lo que ni unos ni otros aceptaban eran gobiernos socialistas ni comunistas; no querían la vigencia del marxismo. Objetivamente, pues, su conjunción determinaba movimientos progresivos, pero no revolucionarios en el sentido científico de la palabra. Sus luchas contribuían a centrar el liberalismo en la realidad de la

época del imperialismo. Un liberal necesitaba un anarquista, para despertar a la realidad y modificar la concepción ideal, ortodoxa del Estado-gendarme y del "laissez faire, laissez passer". El anarquista señalaba la conveniencia de que se abandonara la vieja posición, intolerante para con las organizaciones sindicales, por ejemplo, so pretexto de no permitir corporaciones, dando un contenido que no tenía la Ley Chapelier de la Revolución Francesa. También advertía la necesidad de un derecho obrero, de reglamentaciones. Ambos formaron los Estados liberales modernos, sustentados en ese liberalismo no ortodoxo, descompuesto; tarea en la que los habían de acompañar los socialistas reformistas, posteriormente.

En 1914 el régimen que entre ambos construían, había llegado a un punto de contradicciones cuya salida había de ser la guerra. La crisis se había presentado, y la Primera Guerra Mundial, que fué en esa vez, interimperialista, se desencadena. El movimiento obrero mundial se halla dividido en varias escuelas anarquistas, en diversas facciones socialistas, en distintas agrupaciones que pretenden sustentar, cada una, el marxismo. Al desencadenarse el conflicto, las organizaciones se inclinan en cada país por la guerra. La aplastante mayoría socialista, aprueba los créditos de guerra y sanciona la matanza. Hay algunas excepciones pacifistas, Jean Jaurés, por ejemplo. Hay otras no pacifistas, que buscan transformar la guerra interimperialista en guerra civil, para que el proletariado se adueñe del poder en las naciones. Esta última tendencia está en minoría completa. Apenas algunos revolucionarios marxistas rusos preconizan ese punto de vista. En los barrios obreros de París y de Zurich, Lenin y sus amigos trabajan.

Los anarquistas, por su lado, están contra la guerra. Ricardo Flores Magón y su grupo se oponen a ella. En 1916 son aprehendidos los principales, entre ellos Ricardo y su her-

mano. Los Estados Unidos, gobernados por un Presidente que había prometido mantener al país alejado del conflicto, tienen que lanzarse a él. Los magonistas influyendo sobre 30 millones de habitantes en Norteamérica, son procesados. Ricardo Flores Magón es condenado a 20 años de prisión en la isla Mc Neil, Estado de Washington, de la que fué trasladado a la penitenciaría de Leavenworth, Kansas.

Aquí terminaría la vida física del luchador. Su término estuvo presidido por las enfermedades y molestias producidas en la dureza de su tarea. La ceguera que sus frecuentes estancias en oscuras cárceles le habían provocado, avanzaba. Sus enemigos habían logrado herir gravemente a Ricardo "hercúleo de cuerpo y espíritu, moreno, relampagueantes sus negros ojos tras los cristales de sus lentes, brunos los cabellos".

Participa a uno de sus amigos su desgracia. Dice a Gus Telsch en carta del 4 de mayo de 1920: "Estoy avergonzado de no haber contestado más pronto tu amable carta del 9 de abril último; pero ha sido a causa de mi mala salud. Estuve enfermo durante todo el mes de abril y la última parte de marzo, y, para coronar mi desgracia, me estoy quedando ciego.

"Me siento mejor ahora, con excepción de la vista, que se me está poniendo más débil cada día. Estoy condenado a cegar, querido camarada; estoy sentenciado a ser un objeto cualquiera. El oculista de esta institución se ha tomado muchas molestias para tratar de encontrarme anteojos apropiados; pero sus esfuerzos han sido en vano. Mis ojos están demasiado dañados. Por lo tanto, estoy en espera de la eterna oscuridad, que va a envolverme mientras viva.

"Para mí, el no ver es una positiva desgracia. ¡No ver más la luz! . . . ¿Has pensado tú alguna vez en esto, querido camarada? La sola idea hace que a uno se le revuelva la cabeza. La gente compara la ceguera con la noche. Sí, es la noche:

pero sin el encanto de las estrellas, sin la poesía de la naturaleza vista a través de la obscuridad."

Era una anticipación a su muerte: "estoy en espera de la eterna oscuridad". La oscuridad llegaría, pero en la cesación de su vida.

Sus arrestos no disminuían, a pesar de todo. Saludó con júbilo a la Revolución Proletaria Rusa; no obstante sus tendencias diferencias con los comunistas.

El gobierno del general Obregón decretó, por medio de la Cámara de Diputados, una pensión para este Hércules que había removido poderosamente los establos porfiristas. Rechaza.

En su defensa no quiere abandonar los métodos de masas, la fuerza derivada del pueblo. En carta a Nicolás T. Bernal, el 20 de diciembre de 1920, expresa: "¡Oh, si ellos (los obreros mexicanos) supieran que mi libertad está en sus manos!". Y pone sus esperanzas en su delirio exaltado: "Tus esperanzas —dice— son grandes y también lo son las mías: no hay esperanzas ociosas, ¡oh, no! El aire está cargado de posibilidades. La historia está escribiendo las últimas líneas del período que tuvo como cuna las ruinas de la Bastilla, y está a punto de abrir un nuevo período, cuyo primer capítulo será conocido por las generaciones venideras, como las tentativas de la raza humana hacia el camino de la libertad.

"Un reajuste de valores sociales se está haciendo en todo el mundo, y es evidente que lo que hace cinco o diez años era despreciable o sin valor, ahora tiene influjo, o al menos lo está adquiriendo. Se aproxima la hora en que el billete de banco y las monedas de plata y de oro ya no tendrán el valor que tengan las callosidades de las manos. . . Respiramos una atmósfera de conflicto y de inquietud; algo sopla en la sombra; rumores nunca oídos flotan en el aire y de los cuatro rincones del mundo ascienden vapores lividos y se acumulan

en las alturas en masas de negras nubes que presagian tempestades; está a punto de sonar la hora de las liquidaciones sociales; se siente la solemnidad del momento; más bien que comprenderla, nuestros mismos instintos están advirtiendo a nuestra razón del inminente nacimiento de una nueva edad histórica. Y yo sueño, y mis sueños me dan, querida Elena, lo que tú me aconsejas, es decir, mucho consuelo. ¡Cuánto amo estos sueños dulces, buenos y fieles! Ellos nunca me abandonan. Confío, sueño y espero con el oído atento en la dirección del viento, para sorprender los rumores más sutiles que el mundo exterior pueda hacer venir, y escucho ya la fatiga de los que se esfuerzan por aproximar el nacimiento de la edad tan largo tiempo esperada, y los gemidos de los que tratan de perpetuar las condiciones de las cuales obtienen su felicidad y su poder. La lucha debe ser aguda, a juzgar por el ardiente viento que sopla en la cara, como si saliese de un furioso volcán. . . y sueño y veo a nuestra Tierra meciéndose en su órbita, ahora orgullosa de ser el vehículo de una raza altiva en su marcha alrededor del Sol, bajo la mirada simpática de millones de otros soles y de otras tierras. . . Y descanso mi mano sobre el pecho de nuestra madre común, para sentir las pulsaciones de su corazón, y saber cuán feliz es ella ante la vista de sus hijos redimidos, habiendo muerto el último Caín, y, bajo la presión de una emoción casi religiosa, la beso, la beso". (Carta a Elena White, octubre 26 de 1920).

El hombre que había preparado intelectual y organizativamente, al lado de otros que dirigió, la revolución democrático-popular--agraria mexicana, describía así su visión del mundo próximo. Su estilo epistolar pertenece a la atmósfera de su tiempo. Son los mismos tonos de aquellas otras cartas memorables, que han pasado a la historia de la literatura epistolar. Tienen la profundidad, la emoción, la poesía de las

Cartas de la Prisión de Carlos Liebknecht, o de aquellas que escribiera Oscar Wilde en la cárcel de Reading.

También en el estilo pueden compararse sus cartas, recipiente de una mentalidad anarquista, libertaria, con aquellas de otros dirigentes de masas. Flores Magón pertenecía a un país que se había lanzado a un movimiento popular, en el que participaban activamente los trabajadores, los obreros. Pero su doctrina se acerca más a la personalidad de los días liberales. Hay una gran diferencia entre el estilo árido, escueto, científico de los autores de la Revolución Rusa, y la poesía y los vuelos de la imaginación que pueden verse en las cartas de Ricardo. Dos sistemas, dos métodos están reflejados. La Revolución Mexicana fué peculiar, distinta a la Revolución Rusa; aunque algunos difundieran leyendas sobre ella.

La lucha por su libertad no decae en los Estados Unidos. El continúa firme, empeñado en su tarea. Se le propone pedir perdón, requisito legal que le abriría las puertas de su cárcel; pero se niega. Quiere conservarse libre, aun moralmente, para proseguir. Su carta del 6 de diciembre de 1920, fechada en la Penitenciaría Federal de los Estados Unidos, en Leavenworth, Kansas, lo dice todo: "Nicolás T. Bernal.—Oakland, Calif.—Mi querido Nicolás: Me refiero a tu querida carta del 30 de noviembre último. Con ella recibí cinco dólares, enviados generosamente por el compañero Rubio; por tu mismo conducto le hago manifiesta mi profunda estimación por su ayuda, ya que el dinero es siempre una necesidad para un prisionero.

"La camarada Erma Barsky, de Nueva York, me escribió la semana pasada. Me dice que el licenciado Harry Weinberger fué a Washington la semana antepasada a urgir una decisión en mi asunto, pues sabes que muchos amigos y eminentes influencias han pedido al Gobierno mi libertad, por ra-

zón de ir quedándome ciego rápidamente. En el Departamento de Justicia se dijo al señor Weinberger que nada puede hacerse en mi favor si no hago una solicitud de perdón. . . Esto sella mi destino; cegaré, me pudriré y moriré dentro de estas horrendas paredes que me separan del resto del mundo, porque no voy a pedir perdón. ¡No lo haré! En mis veinticinco años de luchar por la libertad lo he perdido todo, y toda oportunidad para hacerme rico y famoso; he consumido muchos años de mi vida en las prisiones; he experimentado el sendero del vagabundo y del paria; me he visto desfalleciendo de hambre; mi vida ha estado en peligro muchas veces; he perdido mi salud; en fin, he perdido todo, menos una cosa, una sola cosa que fomento, mimo y conservo casi con celo fanático, y esa cosa es mi honra como luchador. Pedir perdón significaría que estoy arrepentido de haberme atrevido a derrocar al capitalismo para poner en su lugar un sistema basado en la libre asociación de los trabajadores, para producir y consumir, y no estoy arrepentido de ello; más bien me siento orgulloso de ello. Pedir perdón significaría que abdicó de mis ideales anarquistas; y no me retracto, afirmo, afirmo que si la especie humana llega alguna vez a gozar de verdadera fraternidad y libertad, y justicia social, deberá ser por medio del anarquismo. Así, pues, mi querido Nicolás, estoy condenado a cegar y morir en la prisión; mas prefiero esto que volver la espalda a los trabajadores, y tener las puertas de la prisión abiertas al precio de mi vergüenza. No sobreviviré a mi cautiverio, pues ya estoy viejo; pero cuando muera, mis amigos quizá inscriban en mi tumba: "Aquí yace un soñador", y mis enemigos: "Aquí yace un loco". Pero no habrá nadie que se atreva a estampar esta inscripción: "Aquí yace un cobarde y traidor a sus ideas".

"Con fraternal cariño para nuestros compañeros, se despide tu hermano. Ricardo Flores Magón".

Es el principio de su testamento político. Y un balance de su vida. ¿Advertía el fin?

Pero todavía escribió una última carta, era su voluntad final legada a quienes estaba ligado: "Por tu carta veo —dice— que la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras, que la Confederación General de Trabajadores, sindicatos y uniones independientes de la CROM, Grupos Culturales y Editores, miembros del Partido y de la Juventud Comunista, y demás, se están interesando por nuestro caso. (El suyo y el de Librado Rivera).

"Esto me llena de regocijo, no sólo porque de su acción conjunta depende nuestra libertad, sino por algo más grande, como lo es el acercamiento de hermanos hasta hoy distanciados por diferencias que debieran ser olvidadas. Si mis sufrimientos y mis cadenas llegan a efectuar este acercamiento de las organizaciones proletarias, este abrazo de hermanos, que, a pesar de tener el mismo interés como productores de la riqueza social, han vivido mostrándose los dientes, yo bendigo mis sufrimientos, yo amo estas cadenas, que han tenido el privilegio de lograr que manos honradas, que hasta aquí sólo habían sabido crisparse en puños amenazadores, se estrechen al fin, pues este gesto de amistad, este acto de camaradería, acerca ese día de justicia, de paz y de amor, con que sueña el esclavo, y por el que en vano ha suspirado el oprimido, a través de la historia, porque no es con suspiros como se le acerca, sino con solidaridad. Esta es la fuerza, este es el sésamo que dará acceso al trabajador a la libertad y a la dignificación social a que tiene derecho".

Esta última carta fué escrita el 19 de noviembre de 1922. La víspera del aniversario de aquel 20 de noviembre de 1910,

y en un día como aquel otro en que, horas antes de haber comenzado el estallido de Puebla, daba sus instrucciones generales a los trabajadores compañeros suyos para recomendarles adhesión a la Revolución Mexicana.

En la noche del 20 al 21 de noviembre de 1922, se cumplieron las órdenes para darle muerte. Una disposición sospechosa había hecho retirar de su celda el preso que lo acompañaba siempre. En la madrugada del 21 fué encontrado muerto en ella, con señales inconfundibles de estrangulación.

Por Decreto de la Cámara de Diputados de México, sus restos fueron trasladados a México, en noviembre de 1922. Entre un mar de banderas fué conducido a su sepulcro en el Panteón Francés. Sus compañeros hicieron el traslado por su cuenta. No aceptaron nada. El 1º de mayo de 1945, en la fecha más simbólica de los trabajadores del mundo, pasó, conducido también por todas las organizaciones obreras, campesinas y populares mexicanas, a la Rotonda de los Hombres Ilustres, en el Panteón Civil de la ciudad de México.

Allí quedaron los restos del hombre que hizo intervenir a los núcleos más oprimidos y combativos del pueblo, en la Revolución Mexicana. Fué Ricardo Flores Magón una especie de Marat o de Baboeuff en esa conmoción. Como el segundo, su fuerza estuvo entre los obreros, entre las clases que ayudaban a la revolución democrático-burguesa siendo, al mismo tiempo, las que, con el correr de los años, serían esa "negación de la negación". Los gérmenes del futuro estuvieron con él, y los condujo y los atrajo, como Baboeuff. Como Marat supo: "Hay que pedir mucho, mucho, para que algo quede. . ."

CAMILO ARRIAGA

LA economía de México durante la época colonial, descansó señaladamente en la minería. Los mares eran surcados por flotas y embarcaciones que conducían metales preciosos por toneladas, extraídos del subsuelo mexicano. Grandes casas llegaron a formarse; algunas alcanzaron títulos de nobleza. Todavía hay numerosos recuerdos de Romero de Terreros y Borda, entre otros. Tasco y Cuernavaca, dos pequeñas ciudades mexicanas, conservan vivo el nombre de esos mineros, poseedores de grandes fortunas, que fueron en su tiempo, los Morgan y Vanderbilt del siglo XVIII.

Generalmente, esas casas se fundieron con la nobleza española, dominadora, y deben considerarse como una parte de la clase dominante que subyugaba al país. La nobleza minera, alimentada por los metales preciosos de México y Perú, era propiamente española. No importa que hicieran regalos a las iglesias o catedrales edificadas en el país; en el fondo, formaban parte del capital comercial que tenía su matriz en la Península Ibérica. Tampoco modifica la situación el hecho de que andando el tiempo hubiese quienes, como Alamán, descendiente de aquellos nobles, que figuraran prominentemente en la política nacional, como ciudadanos mexicanos. Alamán fué conservador; introdujo al país los capitales extranjeros europeos y abrió el camino a todos los demás. Alamán siempre se consideró europeo, colocado, a su juicio, por encima de la mentalidad americana (mexicana).

He ahí cómo, al mirar en conjunto el panorama de los siglos de vida de un país, los hechos más remotos tienen consecuencias trascendentales en el presente y en el pasado cercano.

Y para que se borre toda vacilación o duda al respecto, bastará añadir que, así como los más poderosos y grandes mineros desempeñaron un papel fundamental en el drama de México, también hubo otros que, aun cuando poseedores de fortunas inferiores, expresan la antítesis de aquéllos, en cuanto a su influencia política.

En efecto; al lado de los grandes mineros, sobre todo en el XVIII, vivió un grupo de explotadores de minas con fortunas menores. En la mayoría de los casos, como obedeciendo a la ley dialéctica de la transformación de calidad en cantidad, los mineros menos ricos no se incorporaron a la nobleza. Había, en el fondo, un antagonismo, una contradicción entre ellos y las grandes casas. Este antagonismo se reflejaría en la diversidad de sus ideas políticas.

Esa diversidad pudo hacerse más visible cuando en el siglo XIX comienza el capitalismo industrial a engendrar los gérmenes del capital financiero y la exportación de capitales: mientras los descendientes de las casas mineras más poderosas de la época colonial, se significan como conservadores, los que tienen vínculos con las empresas menores, en cambio, se hacen liberales y nacionalistas. A fines del siglo XIX, muchos de los últimos vigorizan su liberalismo. ¿Qué es lo que pasaba? Que las crecientes inversiones de capital extranjero en la minería, auspiciadas por el dictador Porfirio Díaz, nuevo tipo de Santa Anna, creado para las nuevas condiciones del capital monopolista, las crecientes inversiones —repetimos— amenazaban seriamente la propiedad y la fortuna de las empresas mineras y ponían al borde del abismo a sus pro-

pietarios. Los gérmenes del fenómeno venían desde principios del siglo.

Esos gérmenes y su gradual desenvolvimiento, determinaron lo futuro de cierto tipo de familias mineras, es decir, propietarias de yacimientos con metales preciosos. Ese tipo de familias era el de aquellas que, aun teniendo sus orígenes en la época colonial, no se habían fundido con la nobleza peninsular, por el monto reducido de sus propiedades; aquellas que, por lo mismo, se consideraban más arraigadas al suelo mexicano, ya que eran, en cierta forma, oprimidas por las grandes casas mineras, y aquellas, en fin, que primero se vieron afectadas por la corriente de comercio libre, bandera agitada a principios de siglo, en el XIX, y luego, también, por la competencia de las inversiones extranjeras.

De esas familias donde residían gérmenes nacionales, fué la Arriaga, la familia de Camilo Arriaga. Por una serie de hechos ocurridos en la vida económica, social y política del mundo de nuestros bisabuelos, de ella surgieron gentes que combatieron en favor de la nacionalidad y de las ideas liberales. Antes de Camilo Arriaga encontramos en la historia de México el nombre de Ponciano Arriaga, destacado liberal. Y hoy, además, sabemos que don Benigno Arriaga, padre de Camilo, fué soldado liberal y de las tropas que combatieron contra la intervención francesa y el imperio de Maximiliano de Habsburgo. Fué Benigno Arriaga el que acompañó a su pariente Ponciano, para que este último fuera a morir a San Luis Potosí, por no poder continuar marchando en la comitiva de Juárez, al dirigirse éste a Paso del Norte para instalar su Gobierno.

Camilo, el hijo de Benigno Arriaga y pariente de Ponciano, nació en la ciudad de San Luis Potosí, el 8 de noviembre de 1862. Todavía la familia conservaba una fortuna y su fuen-

te de existencia era la minería. Aun seguían siendo poseedores de empresas cuyo monto, con ser grande, puede calificarse, en sentido relativo, de mediano. Ello influiría una vez más en los descendientes de aquellos Arriaga que militaron en las luchas liberales. Determinaría decisivamente la vida de Camilo.

Como miembro de una casa tradicionalmente ocupada en las cuestiones mineras, ese nuevo vástago emprendió la carrera de ingeniero minero. Los antepasados, según las noticias de que disponemos, no hicieron antes cosa igual. Entre los Velázquez de León, los Del Río y otros, no figura un Arriaga. Fué Camilo el primero que obtiene el título de ingeniero minero. Sus parientes deben haber sido grandes prácticos, mas ninguno fué ungido por un colegio o una universidad para la profesión de minero. Era natural. Hasta el tiempo de Juárez los estudios superiores estuvieron al alcance de una gran mayoría; durante la Colonia no todos, ni aun los dueños de fortunas en general, estaban en posibilidad de hacerse de un título; la prueba de "pureza de sangre", era una de tantas barreras. La época de Gómez Farias y otros liberales precursores, tampoco pudo instaurar la era de la oportunidad para la mayoría; puesto que el liberalismo vivió a salto de mata.

Juárez acrece las oportunidades. Y Arriaga se hace ingeniero minero en 1884, después de haber cursado los primeros estudios en la provincia, y la preparatoria y profesional en la ciudad de México. Cuando estudiante, probó la lucha social bajo el Gobierno de Manuel González, sumándose a los motines contra el níquel.

Pero su participación en los actos de rebelión que el pueblo tuvo contra el fantástico negocio, sólo fué un incidente todavía. Sus estudios lo absorbían principalmente. Su práctica profesional la hizo en las minas de Pachuca, que por entonces

sobrevivía como primer centro minero del mundo, a pesar de hallarse cercana la gran crisis de la plata, que hizo bajar definitivamente el precio del metal blanco y complicó la vida al porfirismo positivista.

Al obtener su título, Camilo fué a trabajar en las minas que su familia poseía en el Estado de Morelos.

* * *

La mentalidad de Arriaga estaba impregnada de liberalismo; toda una tradición en tal sentido, pesaba sobre él. Admiraba la figura y la obra de Ignacio Ramírez *El Nigromante*.

Entre otras facetas, Ramírez había tenido la de asomarse a las inquietudes sociales de su época. En las postrimerías de su vida, y más antes aún, cuando Altamirano organizaba a los literatos de su época, el "fourierismo" y el "derecho al trabajo" conmovían a los intelectuales. Las asociaciones del socialismo utópico, como los falansterios de Fourier, habían herido la imaginación popular y la de las "élites". Más que directamente, la obra de Fourier era conocida principalmente al través de los trabajos de Víctor Considérant, sucesor del utopista. Los liberales destacados, como Ramírez y Altamirano, no atacaron directamente estas ideas, sino que cubrieron su crítica y su oposición con el velo de una benevolente crítica. Elogiaban los falansterios y las "asociaciones" de los utopistas, ensalzaban al "honrado artesano" y al "sufrido proletario"; pero levantaban sobre ellos el "laissez faire, laissez passer" (el dejad hacer, dejad pasar) del liberalismo prócer. Ignacio Ramírez, además, llegaría a ser un afiliado del positivismo en la literatura, cayendo entre los sostenedores de una teoría estética que quitaba su dinamismo a las doctrinas liberales. Sin em-

bargo, en su obra se hallaban brillantes exposiciones en que se mencionaban las corrientes socialistas utópicas y científicas, y aun el anarquismo. Llegó a preconizar una inclinación benevolente hacia las "asociaciones" obreras. Y en México se confundía al artesanado, fuente anarquista, con el proletariado, fruto de las condiciones retrasadas de la producción.

La gente como Camilo Arriaga estaba propensa a ser impresionada fuertemente por aquellas doctrinas que lo mismo sirvieron de antecedente al socialismo científico proletario que al anarquismo.

Sus años de trabajo como ingeniero de minas en las propiedades paternas, le dejaron tiempo para ampliar sus conocimientos en las cuestiones sociales. Los autores socialistas y anarquistas fueron leídos por él. Perteneciendo al sector de propietarios de minas que iban paulatinamente siendo desplazados y arruinados por las inversiones extranjeras en la minería, su psicología de clase fué resintiendo las consecuencias. Era liberal. El liberalismo había amparado sus perspectivas de industrial. Un mundo donde las mercancías y el trabajo garantizaban su auge sobre la base de la libertad de acción individual, de la libre competencia y la coexistencia de empresas de todos tamaños y especies, era su ideal. Pero al contacto con la realidad, estas ilusiones ideales se derrumbaban. Ya la desilusión había comenzado a prender desde que se adueñaba del padre, su padre que no se oponía a sus primeras incursiones antiporfiristas. La aparición del capital monopolista, del imperialismo y su creciente dominio sobre México, bajo los auspicios del Dictador, amenazaba con la existencia de los mineros que habían creído en el liberalismo como régimen estabilizador de su presente y su porvenir.

Camilo Arriaga recibió la influencia anarquista como más poderosa. Tenía más eficacia sobre él. Dado que pertenecía

a las concepciones utópicas que, desde Saint Simon y otros, representaban no la lucha contra el pasado para ayudar a la exaltación del futuro ineludible; sino el esfuerzo porque no se destruyera una situación creada.

Y como esto podía conciliarse a maravilla con el liberalismo, como el anarquismo era tan individualista que bien podía satisfacer a quien suspiraba por el liberalismo, creándole la ilusión de luchar por el mundo real del futuro, el ingeniero de minas y propietario de ellas sustentó un conjunto de ideas donde se mezclaba el anarquismo y el liberalismo. Pero como sucedió en la realidad mexicana, también el anarquizante Arriaga se quedó en liberal, como todos los anarquistas mexicanos hasta la época presente.

Había fructificado el admirador de Ignacio Ramírez, *El Nigromante*.

* * *

El arsenal de su equipo ideológico llegó a permitirle que adquirieran eficacia sus ideas políticas. El porfirismo, con su política de "pan y palo", lo llevó a un escaño de la Cámara de Diputados. La conducta simplista de la Dictadura en este caso, creyó posible que un individuo que obraba por impulsos más hondos y poderosos, se convertiría en dócil colaborador merced a una participación en los empleos públicos. Camilo Arriaga siguió siendo un liberal tolerante con los "falansterios" y las "asociaciones". La clase obrera, que por entonces vigorizaba sus núcleos, pudo ver en él uno de sus aliados para objetivos históricos inmediatos.

Ya en 1900 estaban cercanas las huelgas de Río Blanco y Cananea, expresión de todo un fenómeno, una corriente que convertiría a la clase obrera mexicana en la vanguardia de la

próxima revolución. El 30 de agosto de ese año, Arriaga hizo un llamamiento a los liberales para reorganizarse. Al ejecutar este acto no hizo sino arrebatar la bandera al elemento clerical, a quien su tradición liberal hacía ver como elemento nocivo al progreso nacional.

Por esos días el Obispo de San Luis Potosí, doctor Ignacio Montes de Oca y Obregón, con motivo de un congreso internacional de organizaciones católicas, reunido en París, manifestó que la política de "conciliación" porfirista había hecho nugatorias la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma. Esto era la señal de que diciendo defender algo que no quería sostener, el clero pretendía conducir demagógicamente al pueblo, para adueñarse plenamente del poder. Camilo Arriaga intuye la maniobra, y se lanza a defender los intereses de su núcleo social contra ella.

Constituye en la ciudad de San Luis Potosí el Club Liberal Ponciano Arriaga, alma del movimiento social que se había desencadenado. Edita el periódico *Renacimiento*. Las fuerzas liberales comenzaban otra vez a ponerse en movimiento, independizadas de la política de "conciliación" que había puesto en práctica el golpe tuxtepecano porfirista. Sólo que ahora operarían bajo condiciones nuevas. Tenían que contar ya con nuevos elementos: las fuerzas obreras y campesinas desenvueltas bajo el signo de la explotación imperialista.

Por todo el país brotan los clubes liberales; cada uno de ellos llevaba el nombre de algún héroe de la Independencia o de la Reforma.

Llegóse, finalmente, a la celebración de un congreso de los clubes liberales. El 5 de febrero de 1901, apenas a cinco meses de comenzado el trabajo, se reunió el Congreso Nacional de los Clubes Liberales, en San Luis Potosí.

En este primer Congreso vióse palpablemente el cambio de las condiciones del país. Grupos de anarquistas más conectados con los intereses obreros y trabajadores, transformaron la índole del movimiento. Había comenzado por ser más genuinamente liberal, al modo antiguo; el problema clerical distraía particularmente la atención de los iniciadores; pero el anarquismo más desenvuelto, llegaba por boca de Ricardo Flores Magón, infatigable luchador revolucionario profesional. Con él llegaban las voces más estrictamente obreras. Flores Magón había fundado un periódico, *Regeneración*, casi al mismo tiempo que Arriaga, *Renacimiento*. Maduraba una situación de perspectivas revolucionarias.

Ricardo traía una nueva táctica. Su origen social, a pesar de haber pasado por escuelas de tipo universitario, le permitía observar las condiciones más imparcialmente que al ingeniero y propietario de minas, Arriaga; su contacto con obreros de mayor número de industrias, le daba ventaja sobre quien había tratado, sobre todo, con trabajadores de las minas, industria que técnicamente se conservaba como había sido en otras épocas. No obstante, ambos representaban fuerzas populares. Se unieron en la lucha. Con el tiempo, el curso cambiante de los sucesos desharía esta unión, es decir, no la unión de las fuerzas propiamente dichas, sino la de Arriaga y Flores Magón.

El Congreso decidió convertir al Club Liberal Ponciano Arriaga en dirigente y organizador para la resurrección del Partido Liberal. Camilo Arriaga quedó al frente de la lucha; pero teniendo ya la visión política de Flores Magón a su lado, hecho que permitía una táctica perfecta.

Pero como en un trabajo que aspira a ser biográfico, sobre la vida de un individuo, no cabe extenderse mucho sobre temas relacionados con esa vida, pero que no son la vida en

si, permítase que interrumpamos el relato de la marcha del trabajo revolucionario de la organización, y pasemos hasta el 24 de enero de 1902, fecha señalada en la vida de Camilo Arriaga.

En ese día celebrábase una reunión en su casa. Era amo y señor de Nuevo León y gran parte del Norte el general Bernardo Reyes. Su mano de hierro secundaba fielmente la del dictador Porfirio Díaz. Era un segundo espadón de reserva que tenían el imperialismo y las fuerzas dominantes "conciliacionistas". No podía ser que los métodos de gobierno estuvieran ausentes cuando se tratara del movimiento liberal en reorganización. Era verdad que el nombre de Juárez seguía siendo venerado, algunos afirman que como una pérfida maniobra aconsejada por Francisco Bulnes; pero era distinto convertir en inofensivo santón a Juárez que tolerar la práctica liberal, ni menos el liberalismo de tipo popular recién introducido a la arena de la lucha política organizada.

En consecuencia, Reyes organiza la provocación. La reunión que se celebraba en casa de Arriaga era preparatoria del Segundo Congreso de los Clubes Liberales. A ella se presentaron de pronto gendarmes y soldados vestidos de paisano, encabezados por un testaferro de Reyes y a quien éste había comisionado para realizar la fechoría; este testaferro era un licenciado Heriberto Barrón. Barrón provocó un escándalo, como pretexto para desencadenar la balacera que siguió, en medio de la cual habrían de ser asesinados los reunidos, según instrucciones recibidas por cada uno de los asaltantes. Camilo Arriaga fué salvado por un compañero suyo, Carlos Uranga, que impidió al encargado de darle muerte, cumplir su indigno cometido.

Después de la agresión, los liberales tuvieron que enfrentarse a la cárcel. Arriaga fué internado en la penitenciaría del Estado, con la complicidad de las autoridades judiciales

del Estado, obedientes a la consigna del gobernador provisional, José María Espinosa y Cuevas. En aquella época en que las garantías individuales eran escarnecidas por el gobierno de los capitales extranjeros, casi era obligado que todo preso político pasara bajo las horcas caudinas de la gendarmería montada, institución que se ha convertido en odiosa al pueblo, que ve en ella el símbolo de la opresión contra sus libertades. Arriaga pasó también por aquellas, prisionero por algunas semanas en el cuartel de la del Estado. De allí fué conducido a la capital del país. Junto con él serían conducidos otros dos próceres del movimiento popular revolucionario: Librado Rivera y Juan Sarabia.

* * *

La ciudad de México se extendía entonces, propiamente, hasta la garita de Peralvillo, por el norte, sitio donde sobrevivía, en contra de la Constitución de 1857, la alcabala feudal que estorbaba el desenvolvimiento nacional. Por el sur, llegaba hasta el principio de la calzada de San Antonio Abad. Hacia el poniente los límites ciudadanos estaban en la calle de Guerrero y algunas edificaciones del Paseo de la Reforma y Santa María la Rivera. San Lázaro señalaba los términos al este. La decantada obra administrativa porfirista no había podido llegar a construir una ciudad proporcionada al volumen de la explotación que se consumaba por los capitales invertidos en forma imperialista. Eran esos límites los mismos que habían existido desde la inauguración de la República.

Los magnates del régimen vivían en palacetes que imitaban extralógicamente, el estilo neoclásico en boga en Francia. Se mantenían aislados del pueblo, de las capas populares a las que llamaban "clases viciosas de México". Sin embargo, eran

de ellas de donde saldrían los más enérgicos y destacados campeones de la lucha que se avecinaba. Los jóvenes que entonces pasaban por las calles dirigiendo miradas de asombro a las residencias de Limantour y Casasús, de Rosendo Pineda y Romero Rubio, serían los hombres que pedirían pronto la renuncia de Díaz y de Corral, cuando advirtieran la farsa que encerraban las aficiones clasicistas ridículamente deformadas del abogado especialista en los negocios contenciosos administrativos y la traición que encerraba la erudición hacendaria del ministro francés, sustentada en los positivistas de la economía y los librecambistas, Juan Bautista Say y Leroy-Beaulieu, Bastiat y Chevalier.

En esa ciudad fué puesto en libertad Camilo Arriaga, a poco de llegar a ella. Había sido desterrado de su Estado. No podía regresar a San Luis Potosí. Las penas feudales, anticonstitucionales, estaban en pleno vigor. Los constituyentes del 57 podían revolverse en sus tumbas.

Nunca se ha dado en la historia un caso en que un revolucionario arraigado entre las masas deje de trabajar por el simple hecho de ser trasladado de un lugar a otro. Las fuerzas que lo mueven penetran por todos lados. Los regímenes que pretenden acabar con la acción transformadora a base de terror, están cavando aceleradamente su sepultura. Camilo Arriaga, de este modo, prosigue su tarea en la ciudad adonde había sido confinado; por encima del Dictador, que tiembla de ira, traslada a la capital el Club Liberal Ponciano Arriaga.

Esta época transcurre en el seno de una gran miseria. La raquítica vida económica del país desmiente la fama constructiva de la Dictadura, derrumba el mito de las grandes realizaciones hacendarias e industriales del régimen de los capitales extranjeros y sus sirvientes. Un país donde un grupo de "científicos" tiene en sus manos todos los empleos públicos y pri-

vados, donde el presupuesto tiene que ser el necesario medio de vida para la pequeña burguesía, donde los negocios profesionales están en manos de una pandilla abyecta, no es un país que esté en auge, ni es tampoco una nación que dé oportunidades y recursos al hombre del pueblo. Es un lugar conquistado, donde residen los explotadores nativos y extraños; no es la patria de los hombres libres. En consecuencia, era fácil sumir en la miseria a cualquier individuo, era tarea sencilla perseguirlo y hostilizarlo económicamente. La Dictadura practicaba a todas horas el sistema.

Esa era la causa de que pudiera ponerse en práctica "la política de pan y palo" que, por mucho tiempo, ha sido arma para el continuismo y la falta de una democracia burguesa. Rodeando de canonjías y embutes a los hombres, hay casos en que es posible controlarlos, sumiéndolos en el servilismo. Eso intentó la Dictadura con Camilo. Sólo que éste disponía de mayor inteligencia para advertir el juego y de más carácter para resistir. Cuando el Dictador, en uno de sus ardidés acostumbrados, envió como propio a su Ministro de Comunicaciones para entrevistarse con Arriaga y ofrecerle situación privilegiada en cambio de su conciliación con el régimen, el organizador de los clubes liberales rehusó. El duelo de clases había vencido, las fuerzas que estaban detrás del dirigente habían sido más poderosas que los recursos de la pandilla dominante. El caso es frecuente cuando una sociedad se satura de una situación insoportable.

* * *

Está comprendido en la dialéctica histórica que para no equivocarse políticamente, hay que estar siempre con lo nuevo, con lo que está en desarrollo, no con lo caduco y decadente,

con lo históricamente condenado a la desaparición. Lo nuevo se come a lo viejo. Un golpe de lo caduco y valetudinario a lo nuevo, obra como un "boomerang" contra quien lo haya lanzado. En los continuos choques los enemigos vuelven a encontrarse, y las probabilidades de un desquite están en favor del golpeado primero.

Bernardo Reyes continuaba en 1903 haciendo méritos para merecer el elogio del espadón mayor. Porfirio Díaz llegó a señalar el gobierno de Reyes en Nuevo León como un ejemplo, diciendo: "Así se gobierna". El encargado de manejar la "Matona" en México, para garantizar el período de paz universal que el capitalismo monopolista instauró después del gran reparto de colonias de 1870, con el objeto de dedicarse a la explotación pacífica de los países débiles, elogiaba en esa forma su propia obra. Se hacía la ilusión de ser un estadista, y, de paso, hacía compartir esa ilusión a quien podía auxiliarlo eficazmente. No comprendía que era un simple y pequeño instrumento para los intereses de los monopolios mundiales, que le ayudarían, sin él advertirlo, a disfrutar de fama de pacificador, en tanto los antagonismos que iba creando el desenvolvimiento del capitalismo, al ir extendiendo cada potencia sus mercados, no iniciaran un nuevo período de guerras civiles en los países atrasados y, finalmente, desembocaran en la Primera Guerra Mundial.

Bernardo Reyes se perfilaba, por padecer la misma inconsciencia de Porfirio, como un segundo hombre fuerte, reserva de los capitales extranjeros. Tuvo que ser uno de los primeros blancos del movimiento popular liberal.

El 2 de abril de 1903 se hizo en la ciudad de Monterrey una manifestación contra Bernardo Reyes. Mientras las empresas metalúrgicas expulsadas de los Estados Unidos, le tenían plena confianza, el pueblo le manifestaba su repudio; en tanto

el capital extranjero buscaba su cobijo, las masas mexicanas querían deshacerse de él. A la cabeza de la manifestación se hallaba Camilo Arriaga. La demostración fué atacada ferozmente por los esbirros de Reyes. El pueblo sufrió tremenda embestida represiva.

Flores Magón y Camilo Arriaga, junto con otros, presentaron una acusación contra Reyes, ante el Congreso de la Unión. La teórica división de los poderes, tan leída por los "científicos" porfirianos en Montesquieu, no existía en la práctica. Todos dependían de los mismos capitales. Los procesados, en consecuencia, fueron los acusadores, que bien pronto tuvieron que salir al destierro. El statu quo que las potencias mantenían por entonces, a pesar de sus crecientes contradicciones, y sus estrechos vínculos con los países colonizados, hacían que la persecución de los reos políticos, conectados con movimientos que ostentaban opiniones populares o socialistas, fuera universal. La autoridad de Porfirio Díaz llegaba, contra ellos, a todas partes. No sucedía lo mismo cuando se trataba de defender los intereses nacionales. Camilo Arriaga experimentó la vigencia de esta fraternidad internacional, sumiéndolo en la cárcel repetidas veces el Dictador, más allá de las fronteras mexicanas.

Hasta 1907 convivió en el extranjero con los revolucionarios que pululaban por el mundo, en la lucha iniciada contra el sistema de la economía imperialista mundial, contra la dependencia de los países económicamente débiles.

Regresó a México en 1907. El año en que crece la ola revolucionaria popular, manifestada entre otras cosas, por los actos obreros que son las huelgas de Río Blanco y Cananea. El movimiento obrero, la clase trabajadora empujaba con su sangre a todas las capas de la población, impulsándolas a la lucha con el ejemplo.

Ya Camilo Arriaga, el admirador de Ramírez y de las asociaciones, el hombre de prosapia liberal, ingeniero de minas y propietario de fundos, había roto con Flores Magón, a tiempo que Francisco I. Madero emprendía la cruzada en favor de la democracia representada por el respeto al voto y el cambio de personas y decoración. Las familias de Madero y Arriaga habían cultivado amistad. Esta casi siempre se produce entre quienes tienen una mayor o menor afinidad. La familia Madero era industrial y agrícola, poseía tierras y fábricas de vinos en el Norte de Coahuila. La de Arriaga, minas. Sus ideales políticos estaban más aproximados, por estar su clase más identificada. También Arriaga sufriría la ilusión de un simple cambio palaciego, que no representaba una transformación de la correlación de fuerzas, del contenido social en la dirección del país. Flores Magón, por su lado, se quedó con los obreros, con los campesinos, con las masas populares cuyo objetivo iba más allá del "sufragio efectivo y no reelección", para llegar hasta la revolución social, donde se satisficieran las demandas de los campesinos, los obreros, los artesanos, la pequeña burguesía y la burguesía democrática y nacional.

* * *

El 20 de noviembre, en la ciudad de Puebla, Aquiles Serdán era sitiado en su casa, combatiendo con toda su familia. La Revolución había estallado. Se abría el primer período en la dirección. El 13 de diciembre, para cumplir con una fórmula simplemente, pues siempre estuvieron ausentes, las garantías individuales fueron suspendidas. Era un golpe que el Dictador creía de efecto. Camilo estaba en la ciudad de México, comisionado para hacer obra maderista en ella. Se-

guía sumido en su orientación liberal que permitió a los maderistas adueñarse de él y provocarle diferencias con la vanguardia representada por las tendencias más identificadas con la revolución social. Fué este antagonismo de su mentalidad política, rasgo constante de su vida. Frecuentemente ello dió lugar a que lo aprovecharan los oportunistas.

En sus trabajos conspirativos lo secundaban Carlos Múgica, hermano de Francisco J. Múgica, Francisco Sánchez Correa, Joaquín Miranda y su hijo Alfonso, la escritora Dolores Jiménez y Muro, Gabriel Hernández, Edilberto Pinelo, Francisco y Felipe Fierro, Miguel Frías, Antonio Navarrete, los oficiales Ignacio Flores Palafox, Agustín Maciel y Salvador Torres, y otros más, algunos de los cuales renegarían, volviendo al carril de su origen pequeñoburgués.

El grupo no solamente fabricaba bombas, para el ya visible próximo combate, sino que también procuró exponer sus ideas en un programa.

El programa de un grupo político, refleja siempre el interés de clase que reside en sus socios. Por él es posible advertir cuál es la fuerza social que está detrás de los individuos, y por él puede medirse la calidad y la intensidad de la acción que son susceptibles de desenvolver. El programa de los conspiradores fué redactado por la escritora Jiménez y Muro. Un futuro constituyente lo imprimió, Alfredo Navarrete, en su taller, instalado en una plaza de casas bajas, en uno de los rincones típicos de México, donde hasta hacía poco habían llegado las aguas de los antiguos canales.

El programa fué inspirado por Camilo Arriaga. En él se reflejan las razones que tuvo su diversidad de opiniones frente a las del grupo magonista; se traslucen, igualmente, los intereses que servían de móvil, es decir, las capas de población que lo tenían por exponente en el juego de la política.

Fué hecho con el siguiente título: "Plan político y social proclamado por los Estados de Guerrero, Michoacán, Tlaxcala, Puebla y el Distrito Federal". Su contenido era: "Considerando que la situación que pesa sobre los mexicanos es verdaderamente aflictiva, debido a los gobernantes que hoy suspenden las garantías individuales, sólo para derramar a torrentes la sangre de los mexicanos dignos, no bastándoles para sofocar el actual movimiento revolucionario a que ha dado lugar con sus incesantes abusos, haber suprimido la prensa independiente, cerrado clubes, prohibido toda manifestación reveladora de la opinión pública y llenado las cárceles, sin respetar ni a las mujeres de ciudadanos enemigos de la tiranía:

"Considerando que en nuestro ser político y social es preciso llevar a cabo ciertas reposiciones y reformas exigidas por las necesidades de la generación contemporánea, las cuales son imposibles de realizar bajo el régimen de un gobierno dictatorial y plutócrata como el que tenemos;

Considerando, en fin, que el Pueblo es el soberano único y supremo legislador, pues todo el que expide leyes o gobierna en algún sentido es porque ha recibido del pueblo el poder para ello, nos hemos reunido varios grupos pertenecientes a los Estados de Guerrero, de Tlaxcala, de Michoacán, de Campeche, de Puebla y del Distrito Federal, los cuales por medio de nuestros representantes, cuyos nombres no se expresan por ahora en atención a que no tenemos garantías, proclamamos el siguiente plan, invitando a todos nuestros conciudadanos para que lo adopten por convenir así a las necesidades de la nación y a una época de regeneración y reformas.

"I.—Se desconoce al presidente y vicepresidente de la República, a los senadores y diputados, así como a todos los demás funcionarios que son electos por el voto popular en vir-

tud de las omisiones, fraudes y presiones que tuvieron lugar en las pasadas elecciones.

"II.—El general Díaz con sus ministros Miguel Macedo que desempeña el puesto de Subsecretario de Gobernación, los miembros de las Comisiones Unidas que votaron por la *suspensión de garantías*, los jueces que teniendo a su cargo procesos de los llamados reos políticos han violado la ley al obedecer una consigna o los han retardado por una sentencia injusta, los traidores a la causa y todos los jefes del Ejército quedan fuera de la Ley; se les juzgará según las disposiciones que ellos han tomado respecto de los insurrectos;

"III.—Se reconoce como Presidente provisional y Jefe Supremo de la Revolución, al señor Francisco I. Madero;

"IV.—Se proclama como Ley Suprema la Constitución de 1857, el voto libre y la No Reelección;

"V.—Se reforma la Ley de Imprenta de un modo claro y preciso, determinando los casos en que una persona pueda quejarse justamente de difamación, así como también los casos en que es un delito trastornar el orden público, atendiendo a las causas y fines del hecho, para castigar debidamente al culpable si el trastorno mencionado constituye efectivamente un delito;

"VI.—Se reorganizarán las Municipalidades suprimidas;

"VII.—Queda abolida la centralización de la enseñanza, estableciendo en su lugar la federalización de la misma;

"VIII.—Se protegerá en todo sentido a la raza indígena, procurando por todos los medios su dignificación y su prosperidad;

"IX.—Todas las propiedades que han sido usurpadas para darlas a los favorecidos por la actual administración, serán devueltas a sus antiguos y legítimos dueños;

"X.—Se aumentarán los jornales a los trabajadores de ambos sexos tanto del campo como de la ciudad, en relación con los rendimientos del capital, para cuyo fin se nombrarán comisiones de personas competentes, las cuales dictaminarán en vista de los datos que necesiten para esto;

"XI.—Las horas de trabajo no serán menos de ocho ni pasarán de nueve;

"XII.—Las empresas extranjeras establecidas en la República emplearán en sus trabajos la mitad, cuando menos de nacionales mexicanos, tanto en los puestos subalternos como en los superiores, con los mismos sueldos, consideraciones y prerrogativas que conceden a sus compatriotas;

"XIII.—Inmediatamente que las circunstancias lo permitan, se revisará el valor de las fincas urbanas a fin de establecer la equidad en los alquileres, evitando así que los pobres paguen una renta muy crecida relativamente al capital que estas fincas representan a reserva de realizar trabajos posteriores para la construcción de habitaciones higiénicas y cómodas, pagaderas a largos plazos para la clase obrera;

"XIV.—Todos los propietarios que tengan más terrenos de los que puedan o quieran cultivar, están obligados a dar los terrenos incultos a los que los soliciten, teniendo, por su parte, derecho al rédito de un seis por ciento anual correspondiente al valor fiscal del terreno;

"XV.—Quedan abolidos los monopolios, de cualquier clase que sean.

"¡Abajo la Dictadura! ¡Viva el Voto Libre y la No Reelección!

"Sierra de Guerrero, marzo 18 de 1911.

"Los Representantes".

Compárese este programa con el del Partido Liberal Mexicano, y veráse cómo el último presentaba demandas de mayor número de estratos de la población mexicana, abarcaba más problemas y destacaba los relativos a la revolución social democrático-burguesa-popular-agraria. El programa de "Los Representantes" queda más bien reducido a su grito final: "¡Abajo la Dictadura! ¡Viva el Voto Libre y la No Reelección!" Maderismo, fundamentalmente. El Plan de San Luis y el programa del Partido Antirreeleccionista, no diferían mucho del que Camilo Arriaga había inspirado a Dolores Jiménez y Muro. Tenía por lo menos tantas generalidades como el del Partido Democrático formado por protegidos de los científicos, pequeñoburgueses aspirantes a científicos. Era, sin embargo, un programa popular. Incluía demandas, reivindicaciones, de la llamada clase media, como la de alquileres equitativos; asimismo, reclamaba una jornada legal de trabajo más humana, el empleo de un cincuenta por ciento de trabajadores mexicanos en las empresas extranjeras residentes; aumento de jornales a trabajadores del campo y la ciudad. Pero sobre el individuo pesa vigorosamente, impulsándolo, su psicología social. Arriaga no olvidó la reorganización de las municipalidades suprimidas; pero tampoco la lucha contra los monopolios, cuya hegemonía había sentido como pequeño propietario minero. No otro era, por lo demás, el sentido de la campaña que, por la época, inauguró Teodoro Roosevelt en los Estados Unidos. Madero también combatía los monopolios, y

en la entrevista Díaz-Creelman, el Dictador había elogiado la campaña del primer Roosevelt.

Las grandes conmociones remueven todas las capas sociales, y así puede ocurrir que tendencias disímolas, en mayor o menor grado, puedan aliarse en determinados momentos. Fué así que el maderismo puro, que solamente luchaba por demandas electorales, puso en libertad a los conspiradores aprehendidos a causa del Plan inspirado por Arriaga. Con mayor número de reivindicaciones populares, el grupo de ellos no coincidía exactamente con aquello en que cada vez más se iba convirtiendo el antirreeleccionismo maderista. Vázquez Gómez mismo señalaba divergencias.

Cuando Camilo Arriaga es sacado de la Penitenciaría por las masas que habían derrocado al Dictador, se da cuenta de que el Presidente Apóstol seguía una táctica que no podía pertenecer a una revolución, como quería serlo el movimiento popular. Zapata mismo estaba más cerca de él. Había conocido su Plan y lo había acogido con aplauso. Arriaga, sin embargo, no encabeza una oposición activa, como Flores Magón y su grupo, o como Zapata y sus campesinos surianos. No obstante, manifestó a Madero sus puntos de vista.

A la caída de Madero, causada por el golpe que dieron las fuerzas policíacas del antiguo régimen, encabezadas por Victoriano Huerta, Arriaga se dirige a la Habana y, luego, a Nueva Orleans. Ahora teníase que combatir contra las fuerzas que el gobierno del señor Madero no destruyó, permitiendo la subsistencia del antiguo aparato del Estado. Error que iba contra el ejemplo y la experiencia de todas las revoluciones; pero que se explica por la composición de los cuadros directores del Partido Antirreeleccionista y posteriormente de los que tuvo el Partido Constitucional Progresista. El movimiento había tolerado que sus conductores fueran escogidos

entre los que estaban ligados por sus intereses a grupos del latifundismo y entre los que participaban en la pugna inter-imperialista que abatía al país. Habían maniobrado hábilmente, llevando a Madero al patíbulo.

Desde Nueva Orleans, ciudad que no por primera vez albergaba a desterrados políticos mexicanos (por ella pasó Juárez), Arriaga enviaba pertrechos a las fuerzas constitucionalistas, que encabezadas por Venustiano Carranza, antiguo senador coahuilense y a la sazón gobernador de su Estado, recomenzaron la lucha para derrocar a las fuerzas policíacas del antiguo régimen, fuerzas que desde la capital de la República, sembraban el terror en el país. Victoriano Huerta, aficionado a la toxicomanía, había establecido su cuartel general y su gobierno en las principales cantinas de la ciudad de México. Hasta sus antiguos amigos, como el Embajador de los Estados Unidos, mister Henry Lane Wilson, estaban en vísperas de repudiarlo, a pesar de haber patrocinado su golpe de mano.

* * *

Las fuerzas constitucionalistas de Venustiano Carranza se formaron con masas populares. A él se unieron los esfuerzos de Villa y de Zapata, que representaban por la época movimientos de tipo agrario. Era el anciano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Varón de Cuatro Ciénegas, como le llamaban con afecto, un gran político. Viejo zorro de la política porfirista, era hábil para reunir fuerzas y coordinar voluntades. Tenía experiencia de gobierno. Habría de ser el organizador del poder. Podía decirse que el elemento que lo rodeaba más íntimamente era el director de la causa. Y los que lo rodeaban con más intimidad, no se distinguían preci-

samente por sostener un programa que se pudiera calificar estrictamente como dirigido a la revolución social. A pesar de ello, su talento político advertía multitud de problemas, y era accesible al consejo, con todo y su fama de terco.

Obediente a las presiones populares, aunque buscando siempre la forma de amortiguar el radicalismo de las aspiraciones, Carranza convocó a un constituyente. Ya se distinguían dos corrientes: la propiamente carrancista y la jacobina, encabezada por Alvaro Obregón, el genio militar del constitucionalismo y cuyo éxito se debió en gran parte, asimismo, a la abundancia de materiales que Carranza tuvo siempre a su disposición, de acuerdo con su conocimiento de las gentes.

Obregón representaba las fuerzas que habían obligado a la expedición de la Ley de 6 de enero de 1915, las que perseguían una legislación obrera progresiva; al mismo tiempo que tenía las cualidades de pivote alrededor del cual se hiciera la unidad, pues Zapata era más apegado a la transformación radical y Villa había sido ganado por elementos que tenían un programa menos avanzado.

Camilo Arriaga se distancia de Carranza y se afilia al obregonismo, el obregonismo que en 1918 iba a terminar con muchas vacilaciones. Al triunfar su corriente, cuando tenía 61 años de edad, Arriaga desempeña, bajo el gobierno de Obregón, la jefatura del Departamento Forestal y de Caza y Pesca.

PRAXEDIS G. GUERRERO

MUY extendida es la creencia de que los más notables idealistas, los campeones de las causas populares salen de las más humildes capas de la sociedad. La verdad es que no siempre ocurre esto. A veces su origen viene de las clases más encumbradas de un país; llegan al mundo en el seno de aquellos a quienes combatieran por sus sistemas. Si Flores Magón cabe en la primera regla, Praxedis G. Guerrero la contradice.

Una familia rica, terrateniente, señoreaba un gran latifundio en el Distrito de León, Estado de Guanajuato, el año de 1882. En esta fecha nace uno de sus hijos. Día de fiesta para los amos; alegría obligada para los siervos, para los peones de la gran propiedad. La alegría de los explotados campesinos, había de llegar a ser, con el tiempo, verdadera, espontánea, humana. Brotaría aquel día en que este hombre, llegado como futuro dueño de sus honras y sus vidas, de su felicidad o su dicha, se convirtiera en uno de sus guías. Así tendría que ser.

No sería necesario repetir, si no lo fuera recordarlo, cómo vivían las gentes de aquellos tiempos, en el campo guanajuatense igual que en cualquier otro Estado de los que formaban la República de entonces.

En 1882 la administración que duraría treinta años acababa de inaugurarse. No cumplía siquiera una década. Aun podía respirarse en el ambiente político aire liberal. Las gentes conservaban esperanzas de que la causa de los hombres de la

Reforma, no fuera liquidada. Los siervos y peones del campo, los artesanos y los hombres del pueblo así lo esperaban. Los terratenientes, por el contrario, habían reconocido a su "mano de hierro". Los que trabajaban la tierra con sus manos, hacían sus tareas en las mismas condiciones que hacía siglos. El triunfo efímero de la Reforma no había dado tiempo a la consumación de todos sus principios; su existencia azarosa en la Guerra de Tres Años y bajo el signo de la Intervención Francesa y el Imperio, tampoco había permitido que se ejecutara la liberación de los siervos. La desamortización de los bienes de "manos muertas" había sido puesta en marcha, las grandes fincas amortizadas se habían dividido; pero las peculiaridades del país daban por resultado que ese acto produjera una serie de nuevos latifundios, agregados a los laicos que no habían sido atacados ni destruidos: esto no era parte de un programa liberal. Lo habría sido sólo a condición de que el régimen hubiera seguido imperando, continuando su marcha progresiva. Quizá entonces hubiérase visto la formación de multitud de pequeñas propiedades y la liberación efectiva de los siervos. Siervos eran los peones acasillados y los campesinos encadenados a las fincas. Hasta más de medio siglo después, la dotación, restitución y ampliación de ejidos, vendría a enfrentarse al problema, bajo el régimen de la Revolución Mexicana.

Los años que siguieron a 1882 desenvolverían el proceso de acaparamiento de la tierra, fortaleciendo y ensanchando los latifundios. Inclusive las tierras que Juárez había dejado en manos de las comunidades indígenas, serían absorbidas por extranjeros que, serviles y aduladores frente al Dictador, eran brutales y sanguinarios ante las masas campesinas inermes y desamparadas por su propio gobierno nacional. Las pequeñas propiedades eran arrebatadas por latifundistas mexicanos

y extraños, de manos de sus legítimos propietarios. De todos modos, el peón padecía.

* * *

No sabemos a punto fijo cómo transcurría la vida del niño Praxedis en el ambiente familiar. Sólo podemos hablar de lo que veía afuera del hogar.

Sus ojos contemplaban una masa de gañanes, trabajando de sol a sol, inclinados sobre el surco o sobre las cosechas. Los abuelos habían hecho lo mismo; los padres igual, y los hijos seguirían así. La vida parecía no pasar para esta gente. Y en verdad no era vida una existencia sin cambio, sin progreso. Quizá muchos de ellos se vieron conmovidos por los estremecimientos que periódicamente habían sacudido al país. Una gran parte debe haber tenido parientes que tomaron las armas por las Leyes de Reforma, o contra las intervenciones militares extranjeras. Tal vez muchos de los que encallecieron sus manos en esas horas que Praxedis pasaba al lado de ellos, habían sido soldados de la República. ¿Para qué? Esa pregunta debe habersele ocurrido. También los campesinos tenían que interrogarse.

Habíase vuelto al punto de partida. Las conquistas del pueblo se habían perdido aquel día en que un indio oaxaqueño agonizaba en un modesto lecho colocado dentro de una austera pieza del Palacio Nacional.

En ese mismo Palacio reinaba ahora el boato y la ostentación. Entraban y salían sonrientes caras de diplomáticos, de apellidos exóticos que habían conseguido el favor del Dictador. Los mismos terratenientes mexicanos estaban amenazados. Allí estaban los abogados, los dueños de bufetes que hacían e interpretaban la ley, al gusto de quienes no tenían en

su pasado los méritos de aquellos campesinos envejecidos sobre los surcos de la tierra mexicana.

¿Por qué el campo nacional no progresaba? Había otras civilizaciones, otros países donde el progreso, ese progreso de que tanto hablaban los educadores en México, era una realidad. Grandes enseñanzas podrían obtenerse viviendo dentro de ellas. Quizás en esa forma algo se podría hacer para impulsar el agro de México y para levantar el estado de aquellos semejantes con los que se tenía que convivir.

Ya joven, Praxedis decide ir a los Estados Unidos. Lleva ya en su mente la imagen de las primeras conmociones políticas mexicanas, reprimidas ferozmente por la Dictadura.

Su cerebro privilegiado, siendo joven, estaba acompañado de un deseo poco ordinario de saber. Estudió. Penetró en el campo de las cosas sociales, y pensó encontrar la razón de por qué su vida, la vida de los ricos, era distinta a la vida de los pobres. Así formulaba el problema. Renunció a su herencia. La hacienda que constituía el legado para él y sus hermanos, quedó sólo en poder de ellos. Praxedis escogió la carrera de trabajador.

No sabemos si ya para entonces había leído las doctrinas de sus futuros maestros intelectuales: los anarquistas. No podemos decir si conocía a Kropotkin o Tolstoi. Estos dos nobles habían renunciado también a sus tierras, y se habían convertido en idealistas preconizadores de un mundo ideal. El primero se convirtió en agitador de masas, en militante intelectual de un movimiento con millares de prosélitos organizados; el segundo, consagróse a pasar sobre el papel sus místicas ideas sociales.

En cualquier forma, y aunque Praxedis no haya alcanzado las alturas del prestigio literario a que llegaron otros, el joven hacendado está comprendido dentro de la misma corrien-

te y los mismos factores que aquéllos. Es en esa época de trastornos definitivos para los últimos restos del feudalismo en el mundo, el siglo XIX, la que produce esos casos. En consecuencia, tenemos que verlos como resultados de una sola cosa: la desesperación. Es un fenómeno que tiene semejanza, afinidad con el de los constructores de sistemas ideológicos utopistas. Las utopías sociales representaron siempre la opinión de aquellos que no se resignaban a la desaparición del pasado, y pretendían contener el avance de las fuerzas que los destruían, levantando frente a ellas visiones de sistemas ideales, de sociedades perfectas. Nada tenían que ver con la ciencia, estaban predestinadas a la derrota; sin embargo, ayudaban a la desintegración y, en veces, eran la piedra primitiva que servía de punto de reunión a los gérmenes engendrados, para su propia destrucción, por el régimen naciente. El fin de la Edad Media tuvo su utopía, "La Ciudad de Dios", de San Agustín. El Renacimiento dió esos monumentos de la imaginación humana y de la belleza literaria que son "La Atlántida", de Tomás Moro, y otras. El nacimiento del proletariado preside las colonias de Owen, las utopías de Saint-Simón, y los años de la etapa superior del capitalismo, entregan los "falansterios" de Fourier y las "harmonías" de Bastiat.

También el anarquismo es otra expresión de la desesperación en las clases en trance de perecer. Y los actos de sus místicos son parte de los ritos y del culto, en la reacción frente a las fuerzas desencadenadas, fuerzas desconocidas y temidas para aquellos que están modelados por una época pasada.

No es un reproche. Es una ley.

Su paso al anarquismo, sin embargo, no estuvo condicionado solamente por eso; sino también por su inteligencia. Más

tarde explicaría a Flores Magón: "Yo no tengo entusiasmo, lo que tengo es convicción". ¿Era capaz de pasar esta mente reflexiva, inteligente, imaginativa y curiosa, a la revolución, sólo por un proceso intelectual? En todo caso el factor social no dejó de jugar un papel, pues, de otro modo, Praxedis se habría acercado al socialismo, al comunismo, marxistas, que operaba sobre fundamentos científicos. El prefirió ser libertario, "comunista libertario", que era el nombre de una facción anarquista.

En 1905 abraza la doctrina, en los campos mineros de Arizona, Estados Unidos.

En este país habíase decepcionado al conocerlo. Había creído que en él no había contradicciones, que la riqueza, el progreso y la oportunidad eran allí para todos. En México había trabajado también, ya de peón en las haciendas, bien de caballerango en las casas ricas de las ciudades, ora de carpintero en donde podía, o de mecánico en los talleres de los ferrocarriles. En el país que él había imaginado como el paraíso de la libertad absoluta, le tocó sufrir todos los atentados, los salvajismos y las humillaciones a que estaba sujeto el trabajador mexicano por la existencia de un falso prejuicio racial, el que condenaba como raza inferior a los mestizos latinoamericanos. Trabajó en los cortes de madera de Texas, en las minas de carbón, en las secciones de ferrocarril, en los muelles de los puertos. En Luisiana, al pedir el pago de su trabajo, un patrón iba a matarlo por ese "delito".

Ibase forjando en él el hombre de acción. Flores Magón era, sobre todo, un intelectual. Guerrero sería, principalmente, eso: un hombre de acción. Eso no quiere decir que no hiciera trabajos intelectuales. Fué el poeta en el grupo magonista. Los anarquistas internacionales, correligionarios suyos, ensalzan todavía su estilo literario. Muchas horas las dedicó a

la labor de escribir. El historiador anarquista Max Nettlau, diría de él: "Guerrero me agrada por su estilo corto, preciso, lapidario... Tiene un cerebro y una mano sólidos para escribir..."

En el lustro que va desde la fecha en que se afilia a los "libertarios", 1905, en Arizona, hasta 1910, en que estalla la Revolución Mexicana, Guerrero es el primero que hace restallar en México el grito de ¡Tierra y Libertad!

Combate intensa y constantemente al Dictador, que le corresponde persiguiéndolo con saña. Sería editor de periódicos *Punto Rojo*, y colaborador de otros, *Regeneración* y *Revolución*.

Pero su actividad principal la desenvolverá en los combates. Participa activamente en las insurrecciones armadas de septiembre de 1906, contra Porfirio Díaz, en las de junio de 1908 y en noviembre de 1910 también está presente.

Libra los más destacados combates de la lucha, desde antes de 1910. La descripción de ellos será hecha por su propia mano:

"Las Vacas: Había llovido tenazmente durante la noche; pero las ropas empapadas de agua y la insistencia del barro que se pegaba a los zapatos, dificultaban la marcha.

"Amanecía: el sol del 26 de junio de 1908 se anunciaba tiñendo el horizonte con gasas color de sangre. La Revolución velaba con el puño levantado. El despotismo velaba también con el arma liberticida empuñada nerviosamente y el ojo azorado escrutando la maleza, donde flotaban aún las sombras indecisas de la noche.

"El grupo de rebeldes hizo alto, a un kilómetro escaso del pueblo de Las Vacas. Se pasó lista. No llegaban a cuarenta los combatientes. Se tomaron las disposiciones iniciales para el ataque, organizando tres guerrillas: la del centro dirigida

por Benjamín Canales, la de la derecha por Encarnación Díaz Guerra y José M. Rangel, y la de la izquierda por Basilio Ramírez; se indicó el cuartel como punto de reunión, barriendo con el enemigo que se encontraba en el trayecto.

"El insomnio y la brega de largas horas con la tempestad y el fango del camino, no habían quebrantado los ánimos de los voluntarios de la libertad; en cada pupila brillaba un rayo de heroísmo, en cada frente resplandecía la conciencia del hombre emancipado. En el ligero viento del amanecer se aspiraba un ambiente de gloria. El sol nacía y la epopeya iba a escribirse con caracteres más rojos que el tinte fugaz de las gasas que se desvanecían en el espacio.

"¡Compañeros!, dijo una voz (Jesús M. Rangel, el primero que se levantó en la frontera el año de 1906 para derrocar a Porfirio Díaz.—N. de P. M. A.), la hora tan largamente ansiada ha llegado por fin. ¡Vamos a morir o a conquistar la libertad! ¡Vamos a combatir por la Justicia de nuestra causa!

"En aquel momento un pintor épico habría podido copiar un cuadro admirable. ¡Qué de rostros interesantes! ¡Qué de actitudes expresivas y resueltas..!

"En marcha las tres diminutas columnas, con dirección al pueblo, llegaron al borde de un arroyo. De repente alguien, que iba a la cabeza, gritó: ¡Aquí están estos mochos! Y el arroyo fué atravesado rápidamente, con el agua a la cintura. Los soldados que estaban tendidos pecho a tierra entre los matorrales, se levantaron en desorden ante la acometida de los rebeldes, buscando, unos, abrigo en las casas, mientras otros desertaban pasando el río a nado para internarse a los Estados Unidos.

"Las calles de Las Vacas fueron recorridas en pocos minutos, trabándose combates a quemarropa con el resto de la

guarnición, que dividida en varias secciones y protegida por los edificios, pretendió detener a los libertarios. Canales, al frente de la guerrilla del centro, llegó el primero a pocos pasos del cuartel; las balas rodeaban su altiva figura; sus grandes y bellos ojos, normalmente plácidos como los de un niño, brillaban intensamente; su clásico perfil se destacaba puro, viril, magnífico, en medio de la lluvia de acero; mas su lucha fué breve: disparando su carabina y dando vivas a la libertad, se acercaba a la puerta del cuartel, cuando recibió una infame bala en medio de su frente, de aquella frente suya tan hermosa, donde hicieron su hogar tantas aspiraciones justicieras, tantos sueños de libertad, donde tomaron alas tantos pensamientos nobles. Benjamín quedó muerto, con el cráneo deshecho y los brazos extendidos. No pudo ver lo que tanto deseaba: la libertad de México.

"Desalojados repetidas veces los defensores de la tiranía, buscaban una posición que pudiera librarlos del ímpetu de los libertarios, que inferiores en número y armamento, se imponían por su temerario arrojo y su terrible precisión de tiradores. Al principiar el combate, los tiranistas llegaban a muy cerca de cien, entre soldados de línea y guardas fiscales; al cabo de dos horas su efectivo había descendido considerablemente por las deserciones y las balas. En ese primer período, en el cual muchas veces se dispararon las armas chamuscando la ropa del contrario, fué en el que cayó el mayor número de los nuestros.

"El primero de todos, Pedro Miranda, el revolucionario por idiosincrasia a la vez que por convicción, el Pedro Miranda cuyos dichos mordaces se repiten todavía por los compañeros que lo trataron; el que era la acción y la firmeza encarnadas en un cuerpo hecho a las luchas con la naturaleza y con los hombres de la injusticia; el mismo que pasaba los

años trabajando sin descanso y dedicando a la Revolución cada centavo que salvaba de la rapiña burguesa. Sus carabinas, un arsenal siempre con perspectiva de aumento, se hallaban a toda hora listas para entrar en acción por la libertad. Entre los compañeros ha venido a ser proverbial esta condición invariable de las armas de Pedro; cuando se quiere significar que una persona o una cosa está en muy buenas condiciones, se dice: Está como las carabinas de Pedro Miranda. Sus palabras postreras fueron: "Ya no puedo... sigan ustedes..."

"Néstor López, el activo y sincero propagandista admirable para encontrar recursos para la causa, quedó con una pierna rota a una cuadra del cuartel.

"El valiente Modesto G. Ramírez, autor de una carta llena de consciente heroísmo, escrita la víspera del combate y publicada más tarde por la prensa norteamericana, cayó junto a una cerca de ramas, al lado de dos bravos, muertos minutos antes en aquel sitio fatal. Pasaba un compañero, y Modesto en la agonía le dijo: "Hermano, ¿cómo vamos?... Dame agua... y... sigue... adelante..."

"Juan Maldonado encontró la muerte cuando osadamente avanzaba a desalojar al enemigo.

"Emilio Munguía, un joven friamente temerario, pereció también. Antonio Martínez Peña, viejo y constante obrero de la causa, acabó allí su vida de sacrificios al exponer su cuerpo a muy corta distancia de la boca de los máuseres.

"Pedro Arreola, revolucionario perseguido desde los tiempos de Garza, y por largos años uno de los hombres más temidos por los esbirros de la frontera de Coahuila y Tamaulipas, murió con la frase burlesca en los labios y el gesto indomable en el semblante. Atravesado por una bala que le rompió la columna vertebral, arriba de la cintura, se esforzaba

por alcanzar su carabina que había saltado lejos de él a tiempo de caer; un camarada se acercó y puso el arma en sus manos desfallecientes; sonrió, quiso, sin conseguirlo, colocar nuevo cartucho en la recámara de su carabina; interrogó sobre el aspecto que llevaba la lucha y en medio de su trágica sonrisa deslizó lentamente la última frase de su áspera filosofía: "La causa triunfará; no hagan caso de mí; no porque muera un chivo se acabará el ganado".

"Manuel V. Velis, a menos de veinte metros del enemigo disparaba con asombrosa tranquilidad apoyándose en un delgado arbusto; contestando con mucha flema todas las instancias que se le hacían para que abandonase aquel sitio barrido por las fusiladas, permaneció sirviendo de blanco hasta que casi agotada su cartuchera fué a reunirse a sus compañeros. Una bala salida de una casa dejó tendido a este sereno luchador, a quien nadie vió reñir nunca; a este hombre de hábitos apacibles y laboriosos, de convicciones profundas de libertario, en quien la conciencia dominaba al temperamento.

"Hubo otros muertos cuyos nombres no he podido recoger; ya en los momentos del combate se unieron a los nuestros. Se dice que uno era de Zaragoza; el otro vivía en Las Vacas, y al sentir el ruido de la pelea y oír las exclamaciones de los combatientes se despertó en él la solidaridad de oprimido; ciñóse la cartuchera, tomó su carabina, se echó a la calle y al grito de ¡Viva el Partido Liberal! se lanzó a pecho descubierto sobre los soldados del despotismo. Una fusilada lo dejó en medio de la calle.

"Por largas cinco horas se prolongó el combate. Pero después de las dos primeras ya no fueron mortales los disparos de los tiranistas; su pulso se había alterado notablemente, no obstante que algunos tiraban a cubierto. Las carabinas libertarias hablaban elocuentes. Asomaba el cañón de un máuser

y en diez segundos la madera de la caja saltaba hecha astillas por las balas del Winchester. Aparecía un chaco por alguna parte y presto volaba convertido en criba por los 30-30. Los libertarios estaban diezmados; había muchos heridos; pero su empuje era poderoso, su valor muy grande; Díaz Guerra se batía en primera fila con su revólver; sus viejos años, pasados en el destierro, se habían vuelto de repente los ligeros y audaces del guerrillero de la Intervención. Un fragmento de bala le hirió en la mejilla; otra bala disparada sobre él a quemarropa desde una ventana le atravesó un brazo. Esa herida costó el incendio de una casa. Se avisó que salieran de ella los no combatientes y se le prendió fuego. Rangel sostenía una lucha desigual; solo en un extremo tenía en jaque a un grupo de soldados, mandados por un sargento, que recortaban su figura de león enfurecido con el acero silbante de sus fusiles.

"Por todas partes se desarrollaban escenas de heroísmo entre los voluntarios de la libertad. Cada hombre era un héroe; cada héroe, un cuadro épico animado por el soplo de la epopeya.

"Un joven, rubio como un escandinavo, corría de un peligro a otro con el traje desgarrado y sangriento; una bala le había tocado un hombro, otra, una pierna, abajo de la rodilla; otra en un muslo y una cuarta fué a pegarle en un costado sobre la cartuchera; el choque lo derribó; el proyectil liberticida había encontrado en su camino el acero de los proyectiles libertarios y saltó dejando intacta la vida del valiente, que, puesto de nuevo en pie, continuó el combate.

"Calixto Guerra, herido como estaba, se mantuvo en su puesto con bravura y energía admirables.

"Los enemigos tuvieron también sus grandes hechos; los defensores de la tiranía y la esclavitud se revelaron en sus actos.

"Un grupo de ocho soldados y un sargento se vieron cortados de sus compañeros y acometidos de flanco por el fuego de los rebeldes; junto a ellos estaba el cuartel; pero tenían para llegar a él que cruzar la calle que estaba en poder de cuatro rebeldes. Apurado el sargento por salir de la falsa posición en que lo había metido una de las brascas acometidas de los libertarios, apareció en la calle agitando un pañuelo blanco en señal de paz, seguido de los soldados llevando los fusiles con las culatas hacia arriba; los rebeldes creyeron que se rendían y los dejaron avanzar; pero de pronto, cuando los traidores esbirros se hallaban próximos a la puerta del cuartel, volvieron los fusiles e hicieron fuego sobre los que habían perdonádoles la vida. Hicieron fuego sin efecto y corrieron a meterse al cuartel, menos tres, que no pudieron llegar. Las balas del 30-30 les evitaron para siempre la repetición de su cobarde estratagema.

"En el cuartel había un montón de cadáveres; otros se veían en las calles. Las huellas de las balas se encontraban por todas partes. Las casas presentaban un aspecto desolador. Era después de las diez; el parque de los libertarios estaba agotado; los soldados de la tiranía no llegaban a quince, guarecidos en las casas donde había familia; el resto eran muertos o desertores. El capitán, jefe de la guarnición, se defendió tenazmente con el triste valor de la fidelidad del siervo. Aquello había concluído en un triunfo completo para los revolucionarios, pero... ya no había parque... Rangel hizo un esfuerzo más; con cuatro tiros en el revólver y algunos compañeros con él, intentó un ataque decisivo; avanzó algo y recibió un balazo en un muslo: la última sangre de libertarios de aquella jornada tremenda.

"Se inició la retirada; paso a paso fueron reuniéndose los supervivientes y abandonando el pueblo. Nadie quería dejar, con los cuerpos de tantos luchadores, una victoria que ya era

suya. Pero... ya no había parque... Un rebelde se negó a salir; tenía algunos cartuchos; no iría con ellos sin completar el triunfo; escogió un lugar y él solo permaneció frente al enemigo hasta las tres de la tarde. La carabina vacía, la cartuchera desierta, se alejó intocable para las balas, a continuar la lucha por la emancipación. Más tarde el nombre de este héroe, y los de todos los que tomaron parte en la acción de Las Vacas, se oirá, cuando de sacrificios y grandezas se hable.

"Fracaso, murmuraron algunas voces.

"Ejemplo, enseñanza, estímulo, episodio inmortal de una revolución que triunfará, dice la lógica".

Así acababa aquel combate organizado por Antonio de P. Araujo, director a la sazón del periódico *Reforma, Libertad y Justicia*, lema del Partido Liberal Mexicano que, en 1911, se cambiaría por el de *Tierra y Libertad*.

Habla ahora de Viesca: "La organización había sido trabajo laborioso ejecutado en medio de grandes dificultades y peligros. La indiscreción y cobardía de las masas, la vigilancia de las autoridades apoyada en la sucia labor de espías y delatores, la carencia de recursos monetarios, todo fué veniéndose o esquivándose por los revolucionarios del Grupo de Viesca. Su organización adquirió vigor y consistencia al impulso constante que supieron emplear aquellos pocos trabajadores libertarios. Una a una fueron reuniéndose armas para el grupo; un día era una pistola, otro, una carabina; poco a poco se las dotó de parque. Hubo que imponerse dobles privaciones, que trabajar triple de lo ordinario para ganar unas cuantas monedas más de las necesarias para pagar el derecho de vivir; pero al fin, cuando se aproximaba la fecha de la insurrección, se contaba con algunos elementos, valiosísimos desde el punto de vista de las condiciones miserables que rodean a todos los luchadores de principios.

"La Revolución nunca ha tenido capitales. Los ricos, difícilmente llegan a militar en las luchas por la emancipación humana; cuando más, arriesgan alguna parte de sus capitales en tal o cual juego político. Son egoístas del tipo suicida; quieren para ellos hasta lo innecesario, aunque la plétora los reviente. Por eso Tolstoi y Kropotkine son dos tipos extraordinarios en estos tiempos".

Eso decía Praxedis que había renunciado a sus tierras.

Y seguía: "La noche del 24 al 25 de junio, aniversario de los asesinatos de Veracruz, era la fecha indicada para iniciar la rebelión en distintas partes del país. El Grupo de Viesca se alistaba sigilosamente; se habían tomado minuciosas precauciones; pero todas ellas no pudieron impedir que sus trabajos se manifestaran tan claros y amenazadores que las autoridades principales del lugar, temerosas, huyeron la víspera del levantamiento. Además, la traición de Casas Grandes reveló al Gobierno la existencia de la vasta conspiración, y, lo que era más importante para el buen éxito de sus planes, la fecha en que comenzaría la agresión de los rebeldes. El telégrafo había comunicado órdenes apremiantes a todos los pueblos y ciudades para que las autoridades civiles y militares hicieran cuanto pudieran para sofocar la revolución, mientras se preparaba un embajador a presentarse en Washington a pedir la más vergonzosa ayuda en favor de la tiranía mexicana:

"A la medianoche se reunieron los compañeros; señalóse a cada quien su sitio y se puso manos a la obra. La policía pretendió resistir; se cruzaron algunos disparos que causaron un herido de cada lado y un muerto de los gendarmes. La cárcel fué abierta cuan grande era la puerta; no quedó allí nadie. Proclamóse el Programa Liberal (el de San Luis Missouri, de 1906), y se declaró nulo el poder de la Dictadura. Se efectuó una requisita de caballos y se tomaron los escasos fondos que

había en las oficinas públicas. La Revolución se apoderó del pueblo por completo, sin que se diera un solo caso de violencias o atropellos contra las familias o las personas neutrales.

"José Lugo, que no había tomado parte en los preparativos, la tomó muy activa en los momentos de la acción.

"La denuncia paralizó el movimiento de muchos grupos; que pudieron levantarse oportunamente, faltaron a su deberes de solidaridad, quedándose en un silencio bochornoso.

"El Gobierno empezó a destacar tropas sobre la región lagunera, y entonces vino también sobre los valientes insurrectos de Viesca la inundación de la calumnia y de la injuria. Escritorzuelos que ostentan el título de liberales y amigos de los proletarios, emprendieron la tarea de levantar contra los rebeldes el odio ciego de la patriotería nacional —como sucedió con el levantamiento preparado por la Junta Revolucionaria desde los Angeles, California, para apoderarse de la Baja California y extender desde allá la Revolución emancipadora hacia el interior del país en 1911. (Nota de un grupo de editores del escrito de Guerrero). Se insinuó unas veces, se aseguró otras, que las armas de los revolucionarios eran facilitadas por los Estados Unidos, que ávidos de adueñarse de México, lanzaban al motín a unos malos mexicanos, traidores o ilusos, comparados como los de Panamá como bandidos y forajidos. El epíteto más benigno que se les aplicó fué el de "mitoteros".

Más adelante, agrega: "La evacuación de Viesca se impuso; los voluntarios de la libertad salieron de su recinto, despedidos por la mirada cariñosa y llena de esperanza de las mujeres proletarias, cuyas simpatías se despertaban delirantes por los transformadores de la paz y el orden, que llevaban sobre sus indómitas espaldas el título de "bandidos", como lo habían llevado todos los iniciadores de una reforma, como lo han merecido los libertadores de todas las épocas.

"Hacia la serranía, hacia las montañas amigas, se encaminaron sus pasos. Allí el núcleo se quebró obedeciendo a un nuevo plan; la cantidad se descompuso en unidades proyectadas en todas direcciones, adonde irían a crear nuevas organizaciones rebeldes, repitiendo el fenómeno biológico de ciertas especies zoológicas que se reproducen en sus fragmentos.

"Viesca dió a conocer caracteres como Lugo y otros, cuyos nombres todavía no es tiempo de mencionar.

"Viesca desenmascaró a los liberales de conveniencia, y excluyó de la Revolución elementos dañados con el temor o la incompetencia.

"En 1908 las tropas de la tiranía no vencieron en ninguna parte. La traición aplazó el triunfo de la Revolución: "fué todo".

Y en esta relación de la vida de Praxedis, viene luego: "Palomas: este capítulo de historia libertaria debería llamarse Francisco Manrique; debería llevar el nombre de aquel joven, casi niño, muerto por las balas de la tiranía el primero de julio de 1908 en el poblado fronterizo de Palomas. Los hechos trazan su silueta sobre el fondo borroso de esa jornada semidesconocida, que se esfuma en el gris panorama del desierto.

"Apenas once libertarios pudieron reunirse cuando las persecuciones caían como granizo sobre el campo revolucionario. Once nada más para intentar con un audaz movimiento salvar a la Revolución que parecía naufragar en la marejada de las traiciones y las cobardías.

"Había brillado ya el alba roja de Las Vacas, y Viesca, evacuada por la Revolución, retumbaba todavía con el grito subversivo de nuestros "bandidos", cuando este grupo diminuto se formó en medio de las violencias represivas y se lanzó, con un puñado de cartuchos y unas cuantas bombas manufacturadas a toda prisa con materiales poco eficientes, sobre un enemigo aper-

cibido a recibirlo con incontables elementos de resistencia; contra la tiranía fortalecida por la estupidez, el temor y la infidencia, contra el secular despotismo que hunde sus tacones en la infamada alfombra de espaldas quietas que se llama pasivismo nacional.

"Palomas se hallaba en el camino que debía seguir el Grupo; su captura no era de importancia para el desarrollo del plan estratégico adoptado, pero convenía atemorizar a los rurales y guardas fiscales que lo guarnecían para cruzar el desierto sin ser molestados por su vigilancia.

"En el camino los hilos telegráficos fueron cortados de trecho en trecho.

"Las carabinas empuñadas y listas a disparar, los sombreros echados hacia atrás, el paso cauteloso y a la vez firme, el oído atento a todos los sonidos y el ceño violentado para concentrar el rayo visual que batallaba con la negrura de la noche, los once revolucionarios llegaron a las proximidades de la Aduana. Dos bombas arrojadas a ella descubrieron que estaba vacía. Los rurales y los guardas fiscales, obligando a los hombres del lugar a tomar las armas, se habían encerrado en el cuartel. Antes de atacarlo se registraron las casas del trayecto para no dejar enemigos a la espalda, tranquilizando de paso a las mujeres, explicándoles el objeto de la revolución en breves frases.

"Pronto se tocaron con las manos los adobes del cuartel, y pronto sus aspilleras y azoteas enseñaron, con los fogonazos de los fusiles, el número de sus defensores. Adentro había el doble o más de hombres que afuera. La lucha se trabó desigual para los que llegaban. Las paredes de adobe eran una magnífica defensa contra las balas del Winchester, y las bombas, que hubieran resuelto en pocos segundos la situación, resultaron demasiado pequeñas.

"Francisco Manrique, el primero en todos los peligros, se adelantó hasta la puerta del cuartel; batiéndose a pecho descubierto y a dos pasos de las traidoras aspilleras que escupían plomo y acero, cayó mortalmente herido.

"La lucha continuó; las balas siguieron silbando de alto abajo y de abajo hacia arriba. El horizonte palidecía con la proximidad del sol, y Pancho palidecía también, invadido por la muerte que avanzaba sobre su cuerpo horas antes altivo, ágil y temerario. El día se levantaba confundiendo sus livideces con las de un astro de la revolución que se eclipsa.

"Era necesario continuar la marcha hacia el corazón de las serranías. Era preciso llevar rápidamente el incendio de la rebelión a todos los lugares que se pudiera.

"La última bomba sirvió para volar una puerta y sacar algunos caballos.

"Pancho, desmayado, parecía haber muerto.

"El interés de la causa había sacrificado la vida de un luchador excepcional, y el mismo interés imponía cruelmente el abandono de su cuerpo frente aquellos muros de adobe salpicados con su sangre, espectadores de su agonía, testigos de su última y bella acción de sublime estoicismo.

"Pancho volvió en sí poco después de la retirada de sus diez compañeros. Le interrogaron y tuvo la serenidad de contestar a todo, procurando con sus palabras ayudar indirectamente a sus amigos. Conservó su incógnito hasta morir, pensando lúcida y lúcidamente que si su nombre verdadero se conocía, el despotismo, adivinando quiénes lo acompañaron, procuraría aniquilarlos si la Revolución era vencida. De él no pudieron saber ni proyectos, ni nombres: nada que sirviese a la tiranía.

"Pancho amaba la verdad. Jamás mentía para esquivar una responsabilidad o adquirir un provecho. Su palabra era franca y leal, a veces ruda, pero siempre sincera. Y él, que habría des-

deñado la vida y el bienestar comprados con una falsedad, murió mintiendo (mentira sublime), envuelto en el anónimo de un nombre convencional —Otilio Madrid— para salvar a la Revolución y a sus compañeros.

“Conocía a Pancho desde niño. En la escuela nos sentamos en la misma banca. Después, en la adolescencia, peregrinamos juntos a través de la explotación y de la miseria, y más tarde nuestros ideales y nuestros esfuerzos se reunieron en la Revolución. Fuimos hermanos como pocos hermanos pueden serlo, nadie como yo penetró en la belleza de sus intimidades: era un joven profundamente bueno, a pesar de ser el suyo un carácter bravío como un mar en tempestad.

“Pancho renunció el empleo que tuvo en el ramo de Hacienda, en el Estado de Guanajuato, para convertirse en obrero y más tarde en esforzado paladín de la libertad, en aras de la cual sacrificó su existencia, tan llena de borrascas intensas y enormes dolores que supo dominar con su voluntad de diamante. Sus dos grandes amores fueron su buena y excelente madre y la libertad. Vivió en la miseria, padeciendo la explotación y las injusticias burguesas, porque no quiso ser burgués ni explotador. Cuando murió su padre, renunció la herencia que le dejara. Pudiendo vivir en un puesto del Gobierno, se volvió su enemigo y lo combatió desde la cumbre de su miseria voluntaria y altiva”.

Agrega: “¿Cuántos fueron los hombres del Gobierno que perecieron en este combate? La tiranía ha sabido ocultarlo.

“La naturaleza se alió al despotismo.

“El grupo fué vencido por esa terrible amazona del desierto; la Sed; llama que abrasa, serpiente que estrangula, ansia que enloquece; compañera voluptuosa de los inquietos y blandos médanos. Ni el sable ni el fusil. . . La Sed, con la mueca indescriptible de sus caricias; tostando los labios con sus besos;

secando horriblemente la lengua con su aliento ardoroso; arañando furiosamente la garganta, detuvo aquellos átomos de rebeldía. . . Y, a lo lejos, el miraje del lago cristalino, riendo del sediento que se arrastraba empuñando una carabina impotente para batir a la fiera amazona del desierto y mordiendo con rabia la hierba cenicienta sin sombra y sin jugo”.

De ese modo terminaban las románticas aventuras. En esa forma se impulsaba la causa liberal. De tal manera se hacía aproximar la hora del estallido: noviembre de 1910. Aquellos magonistas que, dirigidos por su maestro, “pedían mucho para que algo quedara”, ellos mismos hacían mucho. Pensaban luchar por objetivos lejanos; pero en la realidad, proclamaban a los pueblos que legaban el Plan Liberal de 1906, que fué el programa de la Revolución Mexicana. Los artículos 27 y 123 de la Constitución de 1917.

“La muerte de los héroes” llama Guerrero a la represión que se desencadenó: “Después del estremecimiento de Viesca —dice—, las prisiones recibieron abundante suplemento de huéspedes. Al lado del anciano y del hombre llegaba el adolescente a hundirse en la penumbra de los calabozos. Rebeldes y sospechosos se amontonaban confundidos en el infecto recinto de los presidios. Tras del espía y del soldado, se presentó el juez, con la consigna en el bolsillo. Los “culpables” comparecieron a responder de sus “delitos” ante la barra del despotismo. Desenvolvióse el proceso; un proceso como todos los que la ceguera, el miedo y la pasión construyen. Se pronunció sentencia.

“Lorenzo Robledo: veinte años de reclusión.

“Lucio Chaires: quince años.

“Juan B. Hernández: quince años.

“Patricio Plendo: quince años.

"Félix Hernández: quince años.

"Gregorio Bedolla: quince años.

"Leandro Rosales: quince años.

"José Hernández: quince años.

"Andrés Vallejo: quince años.

"Juan Montelongo: tres años.

"Julián Cardona: quince años.

"Los once, a Ulúa; al viejo Ulúa de las tinajas inquisitoriales.

"Para José Lugo, la pena de muerte.

"Su juventud vigorosa, su audacia, su personalidad simpática y resuelta hirieron la mente atrabiliaria de los verdugos. Fusilarían a la Revolución en el pecho de aquel joven tan valiente y altivo. El frío de su cadáver apagaría la brasa que chispeaba.

"Luego afrontó sin inmutarse las consecuencias de sus acciones de libertario; se negó a delatar a sus compañeros y abofeteó con su verbo de libertad y de justicia a los sicarios que le enviaron al patíbulo. La ejecución fué aplazándose, y Lugo vivió largos meses en la prisión, esperando diariamente la muerte con la tranquilidad del consciente; tratando con fraternal bondad al amigo que torpemente le entregó a los opresores. En sus labios no asomó nunca la recriminación o la queja.

"Era inmenso aquel joven que espantó a sus jueces con la grandeza de su carácter.

"Llegó al fin el momento que el despotismo creyó oportuno, y José Lugo fué conducido a un corral; quisieron ponerle una venda; la rechazó desdeñosamente; se colocó firme, sereno, sin alteración en el pulso, frente a la escuadra de soldados, que pálidos descargaron sus armas en pecho heroico.

"Luego, la plancha; la exhibición salvaje de un cadáver agujereado para causar terror en los ánimos. Una madre desolada. La tiranía más débil. La Revolución en pie. ¡José Lugo inmortal! Una fecha que no olvidaremos: 3 de agosto de 1908.

"La ardiente Siberia yucateca tuvo un hermoso sacudimiento de energías rebeldes; sus vibraciones llenan todavía la trágica aridez de sus estepas. La "hidra", cortada en pedazos, se reproduce en cada uno de ellos.

"Tras de Valladolid se repiten los hechos que sacudieron a Viesca. Hinchamiento de cárceles, persecuciones absurdas, asesinatos inútiles, cobardes ensañamientos represivos.

"Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos son llevados violentamente a un Consejo de Guerra: la "justicia" no fué allí el leguleyo artero y solapado, sino la bestia uniformada. Rápidamente, con la rapidez denunciadora del pánico oficial, se instruyó un sumario, y los tres rebeldes recibieron su sentencia de muerte, ya que no quisieron dedicar sus vidas a la sumisión y al servilismo. Su magnífica serenidad no se alteró al oír el fallo. Dos de ellos llamaron a las prometidas de sus amores para verificar sus bodas junto al cadalso; ¡mujeres fuertes, compañeras dignas de tales bravos! La vida palpitó intensamente sobre el abismo que se abría.

"Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos rodaron por el suelo frente al cuadro fatídico, para levantarse como enseñanzas de fortaleza y rebeldía. Luego, el luto de las viudas. Los periódicos viles aplaudiendo o justificando a la "justicia". La tiranía agonizante. ¡La Revolución en marcha! Un nuevo error apresurando el desquiciamiento del mundo viejo".

Praxedis G. Guerrero nos dejó un cuadro de los últimos años de vida que le quedaban a la Dictadura. Los cinco años

de su vida consagrados al alumbramiento de la Revolución Mexicana, los gastó intensamente.

Cuando tenía 28 años estalla la lucha armada en toda su fuerza. El pueblo entero ha seguido el camino de los precursores, de los viejos combatientes del Partido Liberal magonista y de los también precursores clubes liberales de Camilo Arriaga. Praxedis G. Guerrero, el hombre de acción, el que igualó su vida con su pensamiento, otra vez está en los campos de batalla. Había escrito sobre la acción unos párrafos cuyo título era "Soy la Acción: "Sin mí las concepciones del cerebro humano serían unos cuantos fósforos humedecidos en una cerillera mohosa.

"Sin mí, el fuego no habría calentado el hogar de los hombres, ni el vapor habría lanzado sobre dos líneas de acero la rápida locomotora.

"Sin mí, la casa del hombre sería el bosque o la caverna.

"Sin mí, las estrellas y los soles serían todavía los parches brillantes que Jehová pegó al firmamento para deleite de las pupilas de su pueblo.

"Sin mí, Colón hubiera sido un loco; Bernardo Palissy, un demente; Kepler, Copérnico, Newton, Galileo y Giordano Bruno, embusteros; Fulton, Franklin, Roentgen, Mongolfier, Marconi, Edison y Pasteur, soñadores.

"Sin mí, la rebeldía de las conciencias sería una nube de humo encerrada en el hueco de una nuez, y las ansias de libertad, los aleteos inútiles de un águila encadenada y presa.

"Sin mí, todas las aspiraciones y los ideales rodarían en la mente de los hombres como hojarasca arremolinada de cierzo.

"El Progreso y la Libertad no pueden ser sin mí.

"Soy la acción".

Este hombre ansioso de acción, sería de los primeros que acudieron al llamado de 1910. La noche del 30 de diciembre, el Secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal, Praxedis, combatía en Janos, Estado de Chihuahua, por el movimiento que había estallado el 20 de noviembre en Puebla. Esa noche sería su último combate; ya no podría referirnoslo, como lo había hecho con las acciones de Las Vacas, de Viesca y de Palomas. Allí encontró la muerte. De él dijo Flores Magón que era el más puro, más inteligente, más abnegado, más valiente con que contaba la causa de los desheredados". Debe haberlo sido. De ese temple eran los que hicieron la Revolución.

Nota. El siguiente boceto biográfico sobre Basilio Vadillo, periodista de la época de la Revolución Mexicana, y escrito por el licenciado Rodolfo Delgado, lo tomamos de *El Nacional*, órgano oficial del Gobierno de México, diario del que Vadillo fué Director.

Su biografía nos parece interesante, para contrastarla con la de Rafael Reyes Spindola, director de *El Imparcial*, periódico oficioso que servía de órgano a la Dictadura.

LA VIDA INSIGNE DE BASILIO VADILLO

LIC. RODOLFO DELGADO

LA VIDA INSIGNE
DE
BASILIO VADILLO



MEXICO

Desde en vida de Vadillo tuve el propósito de reunir todos sus ensayos literarios, sus discursos y sus estudios dispersos en periódicos y revistas, para formar una parte de su obra que podría perderse con el tiempo.

El mismo me ayudó en la tarea desde el año de 1922, poniendo en mis manos una colección del *Diario de los Debates*, algunos ejemplares de *El Imparcial*, señalándome revistas y hebdomadarios que se encontraban en la Biblioteca Nacional y donde aparecían varios de sus trabajos.

Continué en mi labor; y desde el extranjero él me enviaba revistas y recortes, especialmente de Montevideo, donde publicó trozos literarios y fueron emitidas valiosas opiniones sobre su personalidad de escritor.

Pero desde el día siguiente de haberle dado sepultura en la Rotonda de los Hombres Ilustres, el propósito original se amplió y he venido acumulando sucesos, referencias y papeles, para publicar su biografía o cuando menos, panorámicas de su vida.

Los mejores datos los poseo de sus cartas, escritas desde Oslo, Moscú, París, Montevideo y de esta ciudad a Guadalupe. Correspondencia exquisita por su hidalguía y aticismo en la que el hombre se retrataba moralmente y escribía de aquello que le era más interesante.

El 25 de julio anterior cumplió diez años de muerto el que fuera Director de *El Nacional*. Y por este doloroso aniversario

publico un recuerdo de su vida trazando estos bocetos, síntesis de puntos biográficos que he venido coleccionando.

SU PERSONALIDAD

Vadillo se manifestaba austero; pero sobre su austeridad se descubría su extremada modestia. En otras palabras: era tal su modestia que parecía solamente austero.

No era comunicativo; prefería el aislamiento y la soledad a buscar reuniones; y aun escapaba de ellas. Pero su soledad y su aislamiento fueron fecundos: allí pensaba profundamente, o estudiaba o escribía siempre.

Serio; pero más que serio, severo. Sólo fué tierno para sus parientes íntimos; y la misma ternura la manifestaba con sobriedad. De modo que bien apreciado, su aparente austeridad era templanza.

Con amigos y extraños era discreto; con sus mejores amigos era platicador y festivo. A muy contadas personas de su intimidad les abría su corazón, sus sentimientos y su íntegro pensamiento.

En su carácter influía la sangre indígena.

Sus gustos artísticos denotaban su carácter. En poesía, sus preferencias eran por Díaz Mirón. La música de Wagner, su predilecta. En pintura el trazo fuerte, el tono definitivo.

Tenía una maravillosa facilidad para aprender. Asimilaba todo lo que leía y sabía retenerlo.

Estudió la historia del arte en todas sus expresiones y no dejó libro que no consultara. Pero su afición se concentraba en las ciencias sociales y a ellas dedicaba todo su tiempo.

Es fama que en los periodos legislativos en que representó a Jalisco, fué asiduo concurrente a la Biblioteca de la Cámara.

Incorruptible. Su honestidad rígida es paradigma. Decía que "para ser un buen revolucionario, lo primero que se necesita es ser honrado". Los estrechos espacios de esta referencia no permiten contar hechos y anécdotas acerca de su honradez de hombre público. Sea bastante con afirmar que el perfil más visible de su personalidad fué su honradez. Honradez en todos sus aspectos.

Al general Obregón le estimaba en alto valor; opinaba de él que era un genio militar y un gran estadista. Del Presidente Cárdenas dijo: "Este joven Presidente es un hombre que se eleva".

Desde su muerte, PROCER se le ha llamado por antonomasia. Se ha escrito que en el panorama histórico de Jalisco, dos figuras próceres resaltan: Gómez Farias y Vadillo.

SU TALENTO Y SU IRONIA

Vadillo fué ágil dueño de un talento profundo y disciplinado. Y si la ironía es un atributo del talento, en él formó aristas, tomó expresiones y volcó pensamientos que esclarecían los valores del suyo.

Yo no reconozco más superioridad que la del talento —me dijo alguna vez.

Comprendía de inmediato cualquier problema y penetraba a lo más hondo de sus dificultades analizando todos sus órdenes, coordinando sus términos, explicando sus fenómenos con lógica sutil. Era un filósofo por vocación.

Para mí, en su época fué el más grande pensador de la revolución.

Creador de doctrinas: su pensamiento formó una tesis.

¡Ah!, fué un maestro de la ironía: tan delicada como espontánea, atractiva en su forma, considerable en su intención.

Una tarde en su casa, me refirió que aquella mañana había estado a visitarlo el general Pérez Treviño, en nombre del ingeniero Ortiz Rubio, quien acababa de tomar posesión de la Presidencia de la República y se interesaba porque Vadillo fuese su colaborador de gabinete, dejando a él la elección de uno de dos cargos: Subsecretario de Gobernación o Subsecretario de Industria y Comercio.

—Yo contesté al señor general Pérez Treviño (me dijo textualmente): "diga usted al señor Presidente que le agradezco su ofrecimiento, pero que no puedo aceptar ninguno de los dos puestos, porque desconozco la partitura del violín segundo. Yo soy concertista".

Una vez caminábamos por la Avenida Juárez. (Por más señas que era en los primeros meses del período presidencial del general Cárdenas). Al advertir que pasaba por la acera del frente el ingeniero Juan de Dios Bojórquez, repentinamente me detuvo por el brazo y con ademán solemne, ceño adusto y voz engolada, habló:

—Mire, amigo: para ser Presidente de la República Mexicana es preciso llenar las siguientes condiciones constitucionales: 1ª Ser mexicano por nacimiento; 2ª Tener treinta y cinco años cumplidos; y 3ª Resistir, a pie firme, una biografía de Juan de Dios Bojórquez!

El anecdotario de sus ironías es pródigo; pero la extensión de lo que hoy se escribe impone la brevedad.

REVOLUCIONARIO

En la Cámara de Diputados Vadillo se dió a conocer a toda la nación, como orador parlamentario y como socialista. Su nombre fué símbolo de ideas revolucionarias.

La tribuna la ocupó de preferencia para defender la Revolución en cualquier aspecto de tesis, de hechos o de personas.

En Jalisco se le conoció al través de sus discursos y despertó tanto interés, que los revolucionarios le tuvimos como Maestro. Al contrario de lo que antes había acontecido en Colima, donde los reaccionarios le temieron con pavor, cuando fué Director de Educación, durante el Gobierno preconstitucional del señor general Juan José Ríos.

Su vida ejemplar, su talento, su cultura formaron una personalidad distinguida que se acrecentó más y más con los tiempos.

Fué hombre del porvenir. Sus obras y su doctrina eran adelantadas a la época, porque su pensamiento perteneció al futuro.

En su cátedra de la Escuela Normal de Maestros de Guadalajara, enseñaba: "El socialismo se desenvuelve en dos aspectos: la teoría y la táctica. La primera es el contenido de la tesis; la segunda es el proceso en la lucha de clases. La lucha de clases es el resultado de un fenómeno social, o sea de un hecho histórico en el desarrollo de la producción..." Decía: "El instrumento de lucha del proletariado es el sindicato: luego, lo fundamental en el sindicato es la perfecta solidaridad de sus agremiados". Opinaba: "El sindicato encuentra su justificación en la lucha contra los potentados, en el ámbito social y en el terreno político..."

Vadillo fué un apasionado partidario del agrarismo. Durante su Gobierno de Jalisco, obró con extrema prodigalidad en este punto. A todo grupo de campesinos que pedía tierras, le contestaba con el envío de un ingeniero a medirlas y entregarlas.

Ningún Gobernador de Jalisco, personalmente ha asistido tantas veces como él a los actos de posesión de ejidos. Y es que su pasión por las cuestiones agrarias le conducía a tenerles singular preferencia.

En Ocotlán, Jalisco, al dirigirse a los campesinos, peroraba: "Al entregar las tierras a los hombres que las trabajan, solamente cumplimos un acto de justicia histórica; pero nuestro deber mayor es procurar que esos hombres sepan explotarla por los mejores medios y que su producción sea el factor decisivo que haga de nuestra Patria un pueblo que pueda compararse con los más prósperos y felices".

Siendo Vadillo estudiante de la Escuela Nacional de Maestros, escribió algunos ensayos sobre temas sociales y se destacó como orador. "El pueblo de México tiene un supremo destino; y sólo una revolución hará que el destino se cumpla". Decía en 1909.

En sus épocas como diputado, indudablemente que fué el más distinguido orador, por la forma elocuente y por el contenido conceptuoso de sus discursos. Intervenia tan sólo en los debates del más elevado interés; y su presencia en la tribuna cobraba unánime atención e imponía silencio absoluto.

En 1918 en Guadalajara, quienes formábamos el grupo de "estudiantes radicales" le invitamos para que pronunciara una conferencia en nuestras reuniones populares de los domingos en el Teatro Degollado.

—Temo defraudarles —nos advirtió—. Yo aspiro a ser orador parlamentario, a luchar en la tribuna; pero tal vez no sepa decir un discurso sin contradictor.

Y Vadillo, aquella mañana del domingo 17 de febrero de 1918, ante una multitud de trabajadores y estudiantes que llenaba por completo el teatro, dijo una de las más brillantes y

más revolucionarias conferencias que haya pronunciado en su vida.

Era gobernador de Jalisco. En Ahualulco, dentro de su ambiente pasional, exaltado, se formaba la Comunidad Agraria. Los intereses contrarios eran defendidos con violencia.

El propio gobernador iba a dar posesión de tierras a los campesinos de otro poblado (San Marcos); y a su paso por Ahualulco, la multitud proletaria fué a saludarlo. Esta vez, agosto de 1921, pronunció el discurso que fijó íntegramente su ideario socialista.

Ya en Colima, ya en Guadalajara, ya aquí en la Capital, en sus ratos de ocio, andaba en busca de talleres adonde se imprimiera un periódico de ideas avanzadas, para darse el placer de escribir sobre cualquier tema de propaganda socialista.

De Europa trajo ya terminadas dos novelas: *El Campesino* y *Clara Doncel* (nombre que cambió para no confundirse con Benavente), y tres estudios: uno sobre temas económicos, otro acerca de la organización social y política de Rusia, y otro más, pero inconcluso, que se refiere a la muerte del general Obregón. Mas algunas traducciones del noruego y del francés y muchas del ruso.

En Montevideo empezó a escribir sobre cuestiones de arte, sobre los problemas agrícolas de México, sobre temas agrarios y hasta gastó el tiempo en *La Sortija de la Serpiente Azul*, novela de folletín que quedó inconclusa. El comentaba en una carta: "Comienzo una cosa y se me queda a medias, como a los músicos de mi tierra, que tocaban puros comienzos". En cambio, concluyó *Zardi*, "novela de amor, misterio y muerte, buena para folletín y ensayo de ese género", según expresaba él mismo.

El Nacional posee en sus archivos la riqueza del talento de Vadillo: la página editorial más brillante de la época,

en donde fijó nuevos cauces a las doctrinas revolucionarias. Uno de los más prominentes políticos de entonces, comentaba que el ideario de la Revolución estaba escribiéndose por la mano más autorizada, en las páginas de *El Nacional*.

Falta decir que Vadillo escribió versos y que hubiese llegado a poeta, si a sí mismo no se hubiera ridiculizado. En sus años de estudiante publicó algunos, donosos, de pensamiento original y plenos de armonía. Pero después, los escribía, les daba horas de vida y los destrozaba.

En el barco que le condujo de Nueva York a Noruega, escribió unos bellos versos que incluyó en el texto de la primera carta que me escribió al ausentarse de México. "Los mejores versos son los que no se publican", me advertía.

POLIGLOTO

Una tarde, siendo gobernador, Vadillo me invitó a visitar la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco. Deseaba consultar algunas obras e inquirir acerca de una colección de distintas ediciones de la Biblia, escritas en varias lenguas. Ejemplares valiosos por su rareza, muchos de ellos entonces abandonados o perdidos en una aglomeración confusa de libros, de pastas, de papeles, que se levantaba en pasillos y rincones. (Es bueno decir que ahora todo está en orden, merced al historiador Cornejo Franco, que está al frente de la Biblioteca).

Pues Vadillo con toda facilidad leyó y tradujo aquella tarde, trozos de libros eminentes escritos en latín.

—Aprendí en el seminario de Colima —nos hizo saber—. Esta es otra de las ventajas de haber estudiado en un seminario.

A su regreso de Europa, después de ser ministro en Noruega y Rusia, llegó a la plenitud de su vida y de su cultura. Perfectamente informado de las cuestiones internacionales y de los asuntos económicos del mundo, planteaba los grandes problemas y fijaba soluciones, sin ampulósidades, sin jactancia, con el mismo gesto suave, con la misma voz apagada de una conversación familiar, pero con pleno dominio y absoluta convicción de lo que exponía.

Como le oyerá hablar noruego y le viera traducir algún libro escrito en ruso le pregunté si había aprendido tales idiomas y me informó:

—Allá en mi retiro de Oslo, en libros escolares y por mí mismo, aprendí el noruego. Después lo practiqué en todas las formas y ahora hasta me he atrevido a escribir unos versos en tal idioma. El ruso empecé a entenderlo en Moscú, por medio de un diccionario; meses después lo traducía y lo hablaba.

Directamente del ruso tradujo con la colaboración de Siegfried Askinasý, *Lo que me pasó en España*, de León Trotsky. Muy bella traducción que comparándola con otras de la misma obra, resulta espléndidamente superior.

Conocía el francés y el inglés, y había empezado a aprender el italiano. Sabía el náhuatl, más ignoro la extensión de sus conocimientos. En ocasiones pronunció frases y compuso oraciones gramaticales, dando razón etimológica de su composición.

De modo que era poseedor de este acervo de lenguas en el orden de su dominio: español, noruego, ruso, latín, francés, inglés, italiano y mexicano.

COMO FINAL

Después de su muerte ha recibido entre otros, los siguientes honores públicos: sus restos se encuentran en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Una calle de esta capital tiene su nombre. En Guadalajara un edificio de educación se llama Centro Escolar Basilio Vadillo. En la Biblioteca Pública de la Universidad de Guadalajara, su retrato figura en la galería de los Hombres Ilustres de Jalisco.

BIBLIOGRAFIA DE TRES PRECURSORES
DE LA REVOLUCION SOCIAL MEXICANA

La vida de Camilo Arriaga. Futuro, agosto de 1945.

Ricardo Flores Magón: *Semilla Libertaria.*

Diversas inserciones en *El Popular.*

Rafael Carrillo: *Ricardo Flores Magón,* Futuro, diciembre de 1941.

Rafael Ramos Pedrueza: *Ricardo Flores Magón.* El Universal, página editorial, 1940.

Ricardo Flores Magón: *Praxedis G. Guerrero.*

Diego Abad de Santillán: *Praxedis G. Guerrero.*

Diversos recortes bibliográficos de la Hemeroteca de la Universidad Obrera.

CROM, revista de la Confederación Regional Obrera Mexicana.

Empleamos, además, diversos datos que oralmente nos dieron los señores Enrique Flores Magón, hermano de Ricardo, el cual acompañó a éste y trabajó con Praxedis G. Guerrero y Rosendo G. Salazar, especializado en la historia del movimiento obrero y popular mexicano.

Jesús Romero Flores: *Anales de la Revolución Mexicana.*

Blas Urrea: *Obras Políticas.*

INDICE

	Págs.
PRELIMINAR	5
OBSCURIDADES	7
RICARDO FLORES MAGON	9
CAMILO ARRIAGA	53
PRAXEDIS G. GUERRERO.	79
LA VIDA INSIGNE DE BASILIO VADILLO	109
BIBLIOGRAFIA	123



Talleres Gráficos
México